

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

ANO II — TOMO IV

MONTEVIDEO, MAYO 5 DE 1883

NUMERO 21

Filosofía de las ciencias

ASOCIACION DE LOS NATURALISTAS ALEMANES.—SESION DE EISENACH

SEÑOR E. HECHEL

DARWIN, GOETHE Y LAMARCK

(Conclusion)

Al fin del siglo último y al comienzo del nuestro, esta idea fué, en Alemania y en Francia, la bandera de la escuela conocida bajo el nombre de la *antigua filosofía de la naturaleza*. Pero independientemente de esta escuela, la misma idea dominó á muchos grandes pensadores y poetas de nuestro período clásico: al principio Goethe, Lessing, Herder y Kant; más tarde Schelling, Oken y Treviranus. Inspira en Francia á Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire y Blainville, y en Inglaterra, á Erasmo Darwin, el abuelo de nuestro gran reformador, á quien trasmite, por efecto de una herencia latente, toda una série de rasgos característicos. No disponemos hoy del tiempo necesario para comparar los varios modos por los cuales estos hombres eminentes han formulado la idea de la evolución. Por lo demás, estas cosas son bastante conocidas. Nos detendremos solamente en las concepciones de dos de entre ellos, Goethe y Lamarck, porque, según mi modo de pensar, Goethe y Lamarck son los más notables de todos los precursores de Darwin.

El alto valor científico de Goethe ha sido, en estos últimos tiempos, tan bien y tan frecuentemente puesto en claro por nuestros biólogos más autorizados, que no tenemos necesidad de insistir sobre ello. Nosotros solamente queremos dilucidar esto: hasta que

punto la concepción general que nuestro gran poeta tenía de la naturaleza conviene con la de Darwin? Yo había ya, en 1866, en mi *morfología* nombrado á Gœthe y Lamark al lado de Darwin como los principales fundadores de la teoría de la descendencia, y había citado en apoyo de mi opinión un gran número de pasajes notables de sus escritos. Después se han encontrado otros muchos igualmente significativos. Por lo demás, cuando se trata de un génio universal como Gœthe, es menester atenerse mucho ménos al texto de algunas frases aisladas, donde ha expresado su sentir sobre la organización y las transformaciones de la naturaleza orgánica, y sobre el espíritu general de su concepción de la naturaleza, concepción grandiosa y absolutamente *unitaria*. Sobre este punto no puede existir duda en aquellos que conocen y comprenden á Gœthe. Para mayor abundamiento nos ha dejado en el precioso testamento, titulado, *Dios y el mundo* una série de confesiones, cuya forma es admirable y cuyo fondo es bien significativo.

El prefacio de estas confesiones, su preámbulo, expresa el pensamiento *monista*, *la unidad indisoluble de Dios y el mundo* de una manera que no deja lugar á duda:

«Qué sería un Dios que no obrase sino desde afuera, que con el dedo hiciese rodar el mundo sobre su órbita? prefiere mover el mundo desde el interior, encerrar la naturaleza en sí mismo, encerrarse en la naturaleza, para que todo lo que vive, todo lo que acciona, todo lo que exista en el mundo sienta siempre presentes la energía divina y el alma divina»

Agreguemos á esto las admirables poesías que siguen: *El alma del mundo*, *Uno y todo*, *Testamento Parabasis*, *Epirrhema*; agreguemos su adhesión completa á la doctrina de Spinoza, y reconoceremos en Gœthe una concepción monista del mundo, apenas diferente de aquella que, en nuestros días, ha sido restaurada por Darwin, habiendo probado en que alto precio la tenía:

«Qué visión más alta puede ofrecer la vida al hombre que la del Dios-Naturaleza descubriéndosele y dejándole ver cómo lo Material se une á lo Intelectual, y cómo lo Intelectual se perpetúa en lo Material»

El más grande de nuestros poetas consideraba el mundo como una evolución monista, á la manera de los filósofos monistas de la antigüedad griega. Entre otras pruebas se puede citar el diálogo entre Thales y Amaxágoras en la Noche de la Walpurgis, y sobre todo su insistencia en geología en la teoría de un desenvol-

vimiento lento y sin interrupción de la tierra y de sus sistemas de montañas. Fué siempre un adversario decidido de la doctrina errónea de las revoluciones violentas y periódicas del globo, doctrina que apareció á principios del siglo y que Cuvier consiguió poner en boga. «Lo que hay en esta doctrina de violento, de brusco, repugna á mi espíritu, decía, porque esto no es una cosa conforme á la naturaleza. Será lo que quiera; pero que se diga que he maldecido este abominable fárrago de creaciones renovadas. Y, bien pronto, surgirá un joven inteligente que tendrá el valor de atacar esforzadamente esta locura aceptada por todo el mundo.» Apenas pasan algunos años ántes que esta previsión se realice. En efecto, en 1830, un compatriota y un contemporáneo de Darwin, el gran geólogo Carlos Lyell, dá su teoría de la continuidad, hoy admitida por todos, una teoría geológica mecánica, que, conforme al sentir de Gœthe, sustituye á las revoluciones violentas del globo, atribuidas á causas sobrenaturales, una evolución progresiva sin interrupción y debida á causas naturales.

En el dominio biológico, Gœthe se declara aún más decididamente partidario que en el dominio geológico, de la idea monista de la evolución.

El conocimiento del ser viviente, *esta cosa preciosa y noble*, era su estudio predilecto. En morfología ha tendido una mirada profunda sobre el origen y el desenvolvimiento de las formas orgánicas, como solo podía hacerlo un hombre de génio, pensador y artista á la vez, sábio y filósofo.

La más notable de sus obras de morfología, es su libro sobre las *metamorfosis de las plantas*, publicado en 1790. Ha consignado ahí los resultados de largos estudios botánicos, continuados por espacio de muchos años y aún durante su viaje á Italia. Se sabe que hace derivar las innumerables especies del mundo vegetal de una planta originaria única, y que, para él, todos los órganos de la planta, por una série de transformaciones y de perfeccionamientos, provienen de un órgano fundamental único, la hoja. Es la primera tentativa real para reducir la infinita variedad de las formas vejetales á una unidad original.

«Todas las formas son análogas; ninguna es idéntica á las otras, y su armonía hace así presentir una ley secreta».

Esta *ley secreta*, este *misterio sagrado*, es el origen común de las plantas, todas derivadas de la planta primitiva; y las diferencias específicas son producidas por las diversas modificaciones de las condiciones de existencia.

Del mismo modo que en las *metamorfosis de las plantas*, Gœthe busca también en las *metamorfosis de los animales* el tipo común, la forma primitiva de donde han salido todos los demás por un desenvolvimiento divergente.

« Todos los miembros están constituidos según leyes eternas, y las formas más singulares conservan un rastro del tipo primitivo. La estructura del animal determina su género de vida, y su género de vida reacciona á su vez sobre su estructura. Así se produce y se consolida una organización regular que se presta al cambio bajo la influencia exterior ».

Como puede verse claramente en muchas otras de sus obras, este modelo primitivo, este tipo, consiste en la « comunidad íntima y original, que se encuentra en el fondo de todas las formas orgánicas, en una dirección matriz original que se transmite por *herencia* ». Además, « la transformación incesante y progresiva que resulta de las relaciones necesarias con el mundo exterior » no es más que la *adaptación* á las condiciones exteriores de existencia. Esta última es la fuerza centrífuga que produce las *metamorfosis*; la primera, por el contrario, es la fuerza centrípeta que produce la *especificación*. La noción clara de estas dos fuerzas en lucha y que se equilibran, tiene tanto valor á los ojos del poeta que la aclama con entusiasmo como « el más alto pensamiento » al cual puede elevarse la naturaleza creadora.

La parte de la morfología animal, que por espacio de muchos años ha llamado más vivamente la atención de Gœthe, es la osteología comparada, el estudio de los esqueletos de los vertebrados. Se explica fácilmente, puesto que en ninguna parte vemos revelarse con más claridad este gran pensamiento de la naturaleza, la evolución de un tipo único en direcciones muy variadas. Así la osteología comparada ha permanecido hasta nuestros días el estudio preferido de los morfólogos. Gœthe demuestra la unidad de forma en la vértebra en las diferentes divisiones de los animales vertebrados. Más tarde prueba, en su célebre teoría del cráneo, que el cráneo se compone de una serie de vértebras transformadas; y desde 1796 llega á esta conclusión notable: « Podemos por consiguiente afirmar resueltamente que todos los seres organizados superiores, entre los cuales colocamos los peces, los anfibios, las aves, los *mamíferos* y á su cabeza *el hombre*, están todos formados según un arquetipo único, cuyos elementos son siempre los mismos, pero que se modifica más ó ménos, y que aún hoy día se transforma y se perfecciona de generación en generación ».

Algunos de nuestros adversarios han pretendido que era necesario ver en estos pasajes de Gœthe, nó afirmaciones científicas, sino flores de retórica y comparaciones poéticas; que el tipo de que habla era un ideal y nó una forma realmente ancestral. En nuestra opinión, este reproche prueba que ellos comprenden muy mal al génio más grande de Alemania. Cuando se conoce la tendencia objetiva del pensamiento de Gœthe; cuando se aprecia su concepción viviente y profundamente realista de la naturaleza, no se puede dudar que, hablando de un tipo, haya entendido una forma primitiva real de donde descienden todos los organismos semejantes entre sí. Él, que conocía tan bien al hombre, no le ha excluido de la serie evolutiva de los otros animales vertebrados; lo ha probado por sus comparaciones del cráneo humano con el cráneo de los mamíferos inferiores. Ha señalado en muchos rasgos del cráneo humano notables vestigios del cráneo animal. « Los rasgos más notables de las organizaciones inferiores no han desaparecido completamente en el hombre apesar de su superioridad ».

No lo prueba ménos su célebre descubrimiento del hueso intermaxilar. El hombre posee dientes incisivos como los otros mamíferos; Gœthe deduce que el hueso intermaxilar donde se insertan estos dientes en los animales, debe también subsistir en el hombre, llegando á descubrirlo por cuidadosas investigaciones anatómicas, aunque su existencia fuese combatida por aquellos que eran autoridades en anatomía.

Muy notable, bajo este punto de vista, es el asentimiento expresado por Gœthe á las miras manifestadas por Kant en su *Crítica del juicio*, obra cuyas ideas fundamentales respondían perfectamente á las que preocupaban su pensamiento y su actividad. El gran filósofo de Königsberg consideraba la hipótesis, que hace descender de un tronco común todos los seres organizados, desde el hombre hasta el pólipo, como « en armonía con el principio del *mecanismo de la naturaleza, sin el cual no puede existir ciencia de la naturaleza* ». Él había al mismo tiempo llamado á esta hipótesis « una aventura audaz de la razón ». Gœthe hace á este propósito la observación siguiente: « Si, instintivamente, y por un impulso interior, mi pensamiento hubiera sido continuamente asediado por este tipo primitivo; y si en seguida yo hubiera tenido la dicha de formarme una concepción conforme á la naturaleza, nada me hubiera impedido lanzarme valientemente en esta *aventura de la razón*, según la expresión del viejo de Königsberg ».

En fin, un signo notable del interés extraordinario que ha tomado Goethe hasta el fin de su vida por esta teoría de la trasformacion, es la emoción bien conocida con que ha seguido la discusión entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire. «Este acontecimiento es para mí de un valor inapreciable, exclamaba este anciano de ochenta y un años con un ardor juvenil; me felicito de buena gana por haber vivido bastante tiempo para ver triunfar por todas partes una causa á la cual he consagrado mi vida, y que es muy especialmente la mía». El cuadro vivo de esta lucha memorable no acabó para Goethe mas que en 1832, pocos días antes de su muerte. Es, por consiguiente, el último escrito; es el testamento de nuestro poeta más grande y de nuestro más grande pensador, y es también á esta lucha intelectual que se refiere su última palabra: *más luz*.

Es muy sensible que Goethe no haya conocido la *filosofía zoológica* de Lamarck publicada en 1809. La teoría de la evolución contenida en esta obra muy metódica y grandemente sistematizada, le hubiera suministrado muchos documentos que le faltaban. Hubiera encontrado allí un feliz suplemento á lo que había de incompleto en sus propios estudios. Por todo lo que concierne á la idea de la evolución, seguida hasta el fin en su desenvolvimiento unitario, lo mismo que por sus bases experimentales, la gran obra de Juan Lamarck tiene mucha mayor importancia que los ensayos análogos de todos sus contemporáneos, y notablemente más que el libro publicado bajo el mismo título por Geoffroy Saint-Hilaire. El interés extraordinario que Goethe tomó por este último demuestra que hubiera acogido con un interés más vivo todavía la obra de Lamarck, tan rica en ideas.

Hay algo de verdaderamente trágico en el destino de la *filosofía zoológica* de Lamarck. Aunque sea una de las producciones capitales del gran período literario del comienzo de este siglo, no llamó la atención sino débilmente, y al cabo de algunos años fué completamente olvidada. Solo cuando Darwin hubo dado una nueva vida al trasformismo, fundado cincuenta años antes por Lamarck, fué que se encontró el tesoro escondido, y sin embargo, no podemos ménos de reconocer allí la exposición más notable de la teoría de la evolución que haya sido hecha antes de Darwin. Creemos reparar una de las más irritantes injusticias de la historia colocando aquí al gran francés en su puesto, al lado del gran inglés y del gran alemán, como, por lo demás, lo hemos hecho ya hace diez y seis años en nuestra morfología. Cada una de las tres grandes naciones

civilizadas de la Europa occidental ha dado así á la humanidad un héroe intelectual de primer orden, que ha puesto en claro la idea fundamental de una evolución unitaria del mundo debido á causas naturales.

Iríamos muy lejos si quisiéramos analizar aquí la obra de Lamarck y compararla con la de Darwin. Nos bastará exponer algunas de las ideas principales que caracterizan su concepción de la naturaleza y que indican cuán avanzado estaba á sus tiempos.

Por espacio de muchos años, el gran biólogo francés se había ocupado de botánica y de zoología sistemática, como lo atestiguan sus dos obras especiales, que son célebres y han prestado grandes servicios, su *Flora francesa* y su *Historia natural de los animales sin vertebras*. Como no se contentaba con clasificar y describir las formas actuales, sino que también hacía entrar en su sistema las formas antiguas desaparecidas hoy día, se le revelaron las relaciones morfológicas que las unían, deduciendo que las unas descendían de las otras. Las formas animales y vegetales que nosotros distinguimos en especies, no tienen, por consiguiente, sino una existencia relativa y temporal, siendo las variedades especies que comienzan. Por consiguiente, los grupos que nosotros llamamos especies, son un producto artificial de nuestro análisis, del mismo modo que las familias, los órdenes, las clases y las demás categorías del sistema. El cambio de las condiciones de existencia, por una parte; el uso ó el no uso de los órganos por otra, actúan continuamente sobre los organismos para transformarlos; producen por la *adaptación* una modificación lenta de las formas, cuyos principales resultados se transmiten por *herencia* de generación en generación. El sistema entero de los animales y de las plantas es, por consiguiente, su árbol genealógico, y nos descubre el secreto de sus relaciones naturales de consanguinidad. La evolución de la vida sobre nuestro globo se continúa así de una manera permanente y sin interrupción, como la evolución de la tierra misma.

Si Lamarck expresa con claridad todas las ideas realmente esenciales de nuestra teoría actual de la evolución, y excita nuestra admiración por la profundidad de su ciencia morfológica, nos asombra más todavía por la notable claridad de sus concepciones fisiológicas. En aquel tiempo en que la falsa teoría de una fuerza vital sobrenatural estaba por todas partes acreditada, Lamarck rehusaba admitirla, y sostenía que la vida es un fenómeno físico muy complicado. En efecto, todas las manifestaciones dependen de hechos

mecánicos que son ellos mismos determinados por las propiedades de la materia organizada. Las mismas manifestaciones de la vida del alma no difieren sobre este punto de los demás fenómenos vitales; pero las percepciones, lo mismo que toda la actividad del entendimiento, tienen por condiciones movimientos del sistema nervioso central. La voluntad no es, á decir verdad, nunca libre, y la razón no es más que un grado más elevado en el desenvolvimiento y enlace de nuestros juicios.

Por estas y otras afirmaciones, Lamarck tiene vistas más extensas que la mayor parte de sus contemporáneos, habiendo trazado un programa de la biología del porvenir que no ha sido llenado sino en nuestros días. Con un sistema tan claro y tan lógico, se deduce de suyo que asignaba al hombre su puesto natural á la cabeza de los vertebrados, haciéndolo descender de los mamíferos simios. Ha tratado con no menor perspicacia la cuestión más oscura y más difícil de toda la teoría de la evolución: la de la aparición sobre nuestro globo de los primeros seres vivientes. La resuelve admitiendo que las formas primitivas, tronco común de todos los otros, eran seres absolutamente simples; que ellos mismos provienen inmediatamente de materias inorgánicas, y que han sido producidos en el seno de las aguas por generación espontánea, por el concurso de diversas causas puramente físicas. En esta época no se habían jamás observado semejantes organismos enteramente simples. Solamente medio siglo más tarde las provisiones de Lamarck fueron realizadas por el descubrimiento de las *móneras*.

Lamarck alcanzó á la edad de ochenta y cinco años. Ha vivido, por consiguiente, dos años más que Goethe y doce más que Darwin. Pero mientras que los otros dos tuvieron la felicidad de ver el ocaso de su vida iluminado por los rayos de su gloria, el pobre Lamarck terminó su larga y laboriosa vida en la soledad y en la miseria. Doce años antes de su muerte tuvo la desgracia de perder la vista. La última parte de su gran historia de los vertebrados fué dictada de memoria á sus dos hijas que le cuidaban con ternura y á quienes iba á dejar sin recursos. Creemos que la amargura de su triste vejez debió ser endulzada por la conciencia de que había penetrado antes que ningún otro los misterios de la naturaleza creadora. Acaso, con los ojos del espíritu, el profeta ciego apercibía con anticipación la corona de laurel que la posteridad reconocida debía depositar sobre su tumba solitaria.

El defecto más grande de la obra de Lamarck es, sin duda algu-

na, el número insuficiente de observaciones y de experimentos que traía en apoyo de sus grandes vistas. Entónces como hoy día, la mayor parte de los sábios se fijaban, ante todo, en los hechos tangibles.

Entónces como hoy día, por una singular contradicción, aceptando y sosteniendo las hipótesis más absurdas y las supersticiones más irracionales, se profesaba á las teorías científicas mejor fundadas tanta mayor desconfianza y hostilidad cuanto más se aproximaban á la verdad. Y entre las pruebas experimentales de las teorías, las mejor acogidas por la multitud no son las que han sido obtenidas por una larga serie de hechos concordantes y por toda una clase de fenómenos, sino las que tienen por fundamento una observación especial, una experiencia aislada. Darwin debe una parte de su brillante éxito á la circunstancia de haber puesto en orden muchas de estas observaciones y de estos experimentos especiales, con la circunstancia de hacerlo de una manera admirable y luminosa. El pobre Lamarck se dispensaba de este auxilio, fiándose completamente en su potencia deductiva y en su lógica de sábio.

Es del más grande interés comparar entre sí á estos tres grandes naturalistas, en quienes la idea de la evolución, que es el fundamento de nuestra ciencia actual, se ha manifestado con el mayor brillo y extensión. Los tres difieren profundamente entre sí por el carácter de su génio y por su vida interior y exterior, tanto como por la dirección de sus estudios y por el camino que han seguido para alcanzar su fin. Lamarck tuvo por punto de partida el estudio minucioso y especial de las diversas formas animales y vegetales; investigaciones sistemáticas, comparaciones continuadas durante cuarenta años lo llevaron á concluir que todas las especies vivientes ó fósiles tienen por origen común seres extremadamente simples. Goethe llega á la misma conclusión por sus estudios de morfología comparada. Es llevado á ella por la convicción que la unidad del tipo común se deja ver por todas partes y en todas las formas orgánicas por numerosas que hayan venido á ser transformándose para adaptarse á las circunstancias exteriores. En fin, Darwin se pregunta cuál es la causa de las nuevas variedades de plantas y de animales que el hombre crea por el cultivo. La encuentra en la *lucha por la existencia*, y demuestra que esta misma causa, en la naturaleza abandonada á sí misma, hace aparecer especies completamente nuevas, gracias á la acción combinada de la adaptación y de la herencia.

Por caminos tan diversos, por métodos de investigación completamente diferentes, los tres llegan á la misma conclusion. Los tres admiten una evolucion unitaria y coordinada de toda la materia orgánica dirigida únicamente por causas naturales, con exclusion de todo milagro, de toda creacion sobrenatural. Como los tres eran filósofos igualmente profundos, que tenian continuamente ante su vista el mundo de los fenómenos, su idea de evolucion se extendió hasta llegar á ser la grandiosa concepcion panteista del Universo, la doctrina de la unidad que constituye la esencia de nuestra actual filosofía monista.

La influencia prodigiosa que la victoria decisiva de la idea unitaria ejerce sobre todas las ciencias, influencia que, de año en año se acrecienta en progresion geométrica, nos ofrece las más consoladoras perspectivas sobre el porvenir de la evolucion moral é intelectual de la humanidad. Yo manifiesto aquí, y no por la primera vez, mi conviccion personal inquebrantable, que este progreso del conocimiento científico será un dia considerado como un solsticio en la historia intelectual de la humanidad.

Tanto más debemos insistir sobre la influencia pacífica y conciliadora de nuestra concepcion del origen de los séres, cuanto que nuestros adversarios se han esforzado con perseverancia en atribuirle efectos destructores. Segun ellos, esta accion destructora no se limitará á la ciencia; alcanzará tambien á la religion y hasta á las bases esenciales de nuestra civilizacion. Estas graves acusaciones, cuando provienen de una conviccion real y no son simples sofismas dictados por la mala fé, no pueden explicarse más que por una idea falsa y estrecha de la verdadera esencia de la religion. Esta esencia no consiste en una forma especial de profesion de fé, sino en la conviccion de que existe una causa fundamental de todas las cosas, universal é incognoscible. Consiste tambien en una doctrina moral práctica que se desprende inmediatamente de una estensa concepcion de la naturaleza.

La filosofía crítica se hermana con la religion dogmática para reconocer que, dada la organizacion actual de nuestro cerebro, no podemos alcanzar el fundamento último de los fenómenos. La creencia en lo divino se expresa naturalmente por profesiones de fé extremadamente variadas, correspondientes á los grados infinitamente diversos de nuestro conocimiento de la naturaleza. A medida que este conocimiento progresa, nos acercamos á la causa primera incognoscible depurándose nuestra concepcion de la divinidad.

Hoy en dia nuestra idea del mundo se ha hecho más justa; no admite otra revelacion que la que se ofrece á todos en el libro de la naturaleza, y que todo hombre, libre de prejuicios, dotado de buen sentido y de sana razon, puede leer. La creencia que se desprende es la pura creencia monista, que tiene su coronamiento en la unidad de Dios y de la naturaleza, que ha sido profesada por nuestros grandes pensadores y nuestros grandes poetas, Gæthe y Lessing en primera línea, y que ha recibido de ellos, desde largo tiempo, su sancion suprema.

Tambien Darwin pertenecía á esta religion de la naturaleza sin estar ligado á la confesion particular de ninguna Iglesia. No se puede negar esto cuando se han leído sus obras. Pero como algunos compatriotas han sostenido lo contrario inmediatamente despues de su muerte, y ciertos sacerdotes santurriones le han alabado por ser un adepto ortodoxo de la confesion anglicana, nos será permitido refutar aquí esta falsa aseveracion con una prueba indiscutible. Soy bastante feliz con poder traer al debate un documento inapreciable, desconocido hasta el presente, y que no deja lugar á ninguna duda.

Un jóven, animado por un ardiente amor á la ciencia y que yo tenia, hace algunos meses, el placer de contarle en Jena en el número de mis oyentes, habia sido, por la lectura de las obras de Darwin, conmovido en su fé de la revelacion cristiana, que hasta entónces habia considerado como el más firme fundamento de sus convicciones. Atormentado por sus dudas, escribió á Darwin rogándole se explicara claramente respecto de la inmortalidad del alma. Darwin le dijo, por intermedio de un miembro de su familia, que estaba viejo y enfermo, y muy sobrecargado de trabajos científicos para poder responder á tan graves cuestiones. Pero el jóven investigador de la verdad, siempre atormentado, dirige al venerable anciano un nuevo ruego, tan patético como apremiante. Obtuvo, al fin, una respuesta. Estaba escrita y firmada por la propia mano de Darwin, y contenia lo que sigue:

Down, 5 de Junio de 1879.

Querido señor:

Estoy muy ocupado; soy viejo y estoy enfermo no pudiendo disponer del tiempo necesario para responder completamente á vuestra consulta, suponiendo que se pueda responder. *La ciencia no tie*

nada que ver con Cristo, excepto en que la costumbre de las investigaciones científicas haga que el hombre sea desconfiado en materia de pruebas. *Por lo que á mí toca, yo no creo que haya habido jamás una revelacion.* En cuanto á una vida futura, cada cual debe decidirse por su cuenta entre probabilidades vagas y contradictorias.

Carlos Darwin.

Después de esta sincera confesion, nadie dudará que la Religion de Carlos Darwin haya sido la de Gœthe y de Lessing, de Lamarck y de Spinoza. Esta religion monista de la humanidad no está de ningun modo en contradiccion con la doctrina que es el fundamento del cristianismo y que constituye su verdadero valor. El amor por los hombres es, en la una como en la otra, la base de la moralidad. Es menester buscar el origen, como Darwin lo ha demostrado, en los *instintos sociales* de los animales superiores, funciones psíquicas que estos han adquirido adaptándose á la vida comun y han transmitido al hombre por herencia.

El hombre, en efecto, sólo puede encontrar en una sociedad regularmente organizada el desenvolvimiento favorable y completo de sus facultades más elevadas, de aquellas que lo hacen verdaderamente hombre. Este desenvolvimiento no es posible mientras la tendencia natural á la conservacion personal y el egoismo no sea combatida y rectificada por el sentimiento en lo que se debe á la sociedad, por el *altruismo*. Cuanto más se eleva el hombre en la escala de la civilización, más se acrecientan los sacrificios que debe hacer por la sociedad. Los intereses de esta se desenvuelven cada vez más en ventaja de los individuos; y recíprocamente, la comunidad prospera tanto más cuanto las necesidades de sus miembros se satisfacen mejor. Es, por consiguiente, una simple necesidad natural que, por un justo equilibrio entre el egoismo y el altruismo, llega á ser el primer progreso de la moralidad.

Los enemigos más grandes de la humanidad han sido, hasta el día, la ignorancia y la supersticion; sus más grandes bienhechores, han sido los héroes de la inteligencia que han combatido estos vicios con la espada del libro pensamiento. Entre estos ilustres combatientes, Darwin, Gœthe y Lamarck están en primer rango, al lado de Newton, Kepler y Copérnico. Estos grandes pensadores, que, desafiando todas las iras, consagran su génio al descubrimiento de las más altas verdades de la ciencia, han sido los libertadores de

la humanidad; han practicado el dogma cristiano del amor á los hombres en un grado más alto que los escribas y fariseos, que tienen siempre la palabra de amor en los labios y el ódio en el corazón.

La ciega supersticion y la dominacion ortodoxa están muy lejos en estado de realizar el verdadero amor á la humanidad, como lo prueban, no solo toda la historia de la Edad Media, sino tambien la intolerancia y el fanatismo batallador de las Iglesias actuales. ¿Podemos mirar sin vergüenza estos cristianos ortodoxos, que no saben expresar el amor cristiano mas que aborreciendo y persiguiendo á aquellos que no piensan como ellos? Aquí mismo, en Eisenach, en este lugar sagrado donde Martin Lutero nos ha libertado de la esclavitud de una fé literal, no se ha visto, hace ménos de un año, una asamblea de pseudo-luteranos pretender volver á colocar el libre pensamiento bajo el yugo?

Nos será permitido protestar contra esta audacia de un sacerdocio ambicioso y egoista, en el puesto mismo donde el gran reformador encendió hace trescientos sesenta años la antorcha del libro exámen. En calidad de verdaderos *protestantes*, debemos levantarnos contra toda tentativa de ahogar la independenciam de la razon bajo la supersticion, ya venga esta tentativa de una secta religiosa ó de un espiritismo patológico.

Felizmente, podemos considerar estas reacciones hácia la Edad Media como aberraciones pasajeras que no ejercen ninguna influencia duradera. El inmenso valor práctico de la ciencia para nuestra civilizacion moderna está universalmente reconocido para que se le pueda arrancar algun pedazo. Ningun poder humano seria capaz de hacerla retroceder y de suprimir los progresos de que somos deudores á los caminos de hierro, los buques de vapor, á la telegrafía, á la fotografía, á los mil descubrimientos de la física y de la química.

No existe tampoco poder capaz de anonadar las adquisiciones intelectuales que están indisolublemente ligadas á cada aplicacion práctica de la ciencia moderna. Entre estas teorías se debe colocar en primer rango la teoría de la evolucion de Lamarck, Gœthe y Darwin. Gracias á ella, podemos fundar sólidamente la unidad de nuestra concepcion de la naturaleza, segun la cual todo fenómeno es la consecuencia de una ley universal que lo abraza todo. La gran ley de la *conservacion de la fuerza* encuentra por ella su aplicacion hasta en el terreno de la biología, del cual habia parecido excluida hasta aqui.

En presencia de la rapidez sorprendente con la cual la teoría de la evolución se ha extendido desde algunos años en todos los dominios de la ciencia, se puede esperar que su alto valor pedagógico será reconocido cada vez más y que tendrá una acción poderosa para perfeccionar la educación de las generaciones venideras. Cuando hace cinco años, en el 5.º Congreso científico habido en Munich, indiqué la importancia que tiene la teoría de la evolución para la enseñanza, fui tan mal comprendido, que se me permitió agregar aquí alguna palabra explicativa. Bien entendido, yo no quise proponer la enseñanza del darwinismo en las escuelas elementales; esto sería completamente imposible. En efecto: esta doctrina, como las matemáticas puras, como la física, como la historia de la filosofía, exige una masa de conocimientos anticipados, que solo se pueden adquirir en grados más elevados de la instrucción. Pero debemos exigir que todas las materias de enseñanza sean trazadas según el método genérico, y que se tenga presente la idea fundamental de la teoría de la evolución, *el enlace causal de los fenómenos*. Estoy firmemente convencido de que la inteligencia y el raciocinio ganarian con este método más que con ningún otro.

Esta aplicación extensa de la idea evolucionista remediaría al mismo tiempo uno de los más grandes vicios de nuestra educación actual. Me refiero á este cúmulo de nociones estériles con que se sobrecarga la memoria de los jóvenes; que consume con pérdida las fuerzas más preciosas y que no permite, ni al espíritu, ni al cuerpo tomar su desenvolvimiento normal. Esta carga desmesurada proviene de un error fundamental bien antiguo y que aún no se ha llegado á desarraigarse. Se imagina que el valor de la instrucción consiste en la *cantidad* de nociones positivas; mientras que depende más bien de la *calidad* de los conocimientos, de la inteligencia de las causas. Así, creo que sería necesario, ante todo, elegir con el mayor cuidado las materias que deben enseñarse en las escuelas superiores lo mismo que en las elementales, y confiar esta elección, no á maestros que llenen la memoria con una masa de hechos secos, sino á aquellos que fecundan las inteligencias por la corriente vivificadora de la idea evolucionista. Que se reduzca á la mitad lo que se enseña en las escuelas á nuestra desgraciada juventud; pero que se lo haga comprender á fondo esta mitad, y la próxima generación será, de espíritu y de cuerpo, doblemente vigorosa que la generación actual.

Las reformas que se hacen á la vez en todos los dominios de la ciencia, corresponden de la manera más feliz á las miras que

acabo de exponer. Se siente por todas partes despertar y palpitar una vida nueva bajo el impulso de la idea de la evolución natural, en la filología comparada y en la historia de la civilización como en la psicología y en la filosofía, en la etnografía y la antropología lo mismo que en la botánica y la zoología. En todas las ramas de la ciencia aparecen botones llenos de promesas; los frutos que den serán las pruebas de que están ligados al mismo tronco y beben su savia por la misma raíz. Debemos un homenaje de alabanza y reconocimiento á los grandes maestros que, por su concepción genética y monista de la naturaleza, nos han llevado á estas luminosas alturas, desde las cuales podemos decir con Goethe:

«Descansa una gran alegría en este bello conocimiento de poder y límite, de capricho y de ley, de libertad y de medida, de orden en el movimiento, de excelencia y de imperfección. La Musa sagrada te lo revela armoniosamente, te instruye con una dulce violencia. El pensador moral, el hombre de acción, el artista inspirado, jamás han alcanzado más alta concepción. El soberano que mereca serlo no goza sino por esto de su corona. Regocíjate, creación suprema de la naturaleza, en poder pensar, y pensar cien veces acerca de ella, el pensamiento más grande á que ella se haya elevado creándote. Queda en paz sobre la cumbre y extiende una ojenda retrospectiva; experimenta, compara y recibe de boca de la Musa la feliz y completa certidumbre de que ves y no sueñas.»

Lección de apertura del curso de Economía Política

LECTADO POR EMILIO CHEYSON EN LA ESCUELA LIBRE
DE CIENCIAS POLÍTICAS EN PARÍS

TRADUCIDO PARA LOS ESTUDIANTES DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR J. R. M.

DIFICULTADES Y UTILIDAD DE LAS DEFINICIONES

(Conclusion)

Relaciones de la Economía Política y la moral. — La Economía Política no debe perder de vista la moral. Importa mucho desde el principio de esta enseñanza, y lo digo para honor suyo, estudiar las relaciones entre estas dos ciencias y examinar si realmente revisten aquel sello de hostilidad ó al ménos de indiferencia de que diariamente se hace una arma contra los economistas. La cuestión es grave y vale la pena de detenerse en ello.

Se dice, y algunas imprudencias de lenguaje de la escuela inglesa han servido de base á esta acusación, que la Economía Política no es sino una ciencia de las cosas; que no hace sino parafrasear el famoso consejo—enriqueceos! sin cuidarse de la moral y de la humanidad; que reduce al hombre al papel de simple instrumento, no trepidando en sacrificarlo á la producción, que dá en fin á las sociedades un ideal inferior y sensual, entronizando dogmáticamente el culto de los goces materiales y del becerro de oro. Son estas verdaderas calumnias contra las cuales protesta la obra de todos los maestros.

« Los productos, escribía Droz, son hechos para los hombres y nó los hombres para los productos; la felicidad de los Estados depende ménos de la cantidad de los productos que de la manera como son repartidos ».

Y Rossi en su obra consigna estas bellas palabras:

« La Economía Política es una ciencia de humanidad y nó de álgebra; una ciencia, en fin, que debe servir al bienestar de las sociedades civiles ».

En realidad, las riquezas materiales no merecen el anatema de esos moralistas demasiado severos que desearían hacer retroceder la humanidad á la salsa negra de Esparta y la escudilla de Diógenes! Ellas constituyen un elemento importante de bienestar material y aun de progreso moral, arrancando al hombre de la servidumbre de un trabajo sin tregua y procurándole descanso para el pensamiento.

Puede decirse con Channing « que el acrecentamiento de la producción es una palanca de educación moral ». La miseria es mala consejera: *male sua da fames*. El amor á la pobreza no es una virtud social; suprimiría todo estimulante á la actividad humana y limitaría nuestro horizonte terrestre. *Mergo vos ne mergare á vobis*: os ahogo para no ser ahogado por vosotros.

« El mundo, ha dicho Bourdaloue ha sido hecho para el hombre, y uno de los derechos y necesidades del hombre es usar del mundo; sí, el reino de la tierra nos ha sido prometido como el reino del cielo, y como á éste, debemos ganarlo á título de conquista y de recompensa ».

La adquisición de la riqueza es pues legítima, y nadie tiene derecho de condenarla á causa de no ser ella el soberano bien, el fin único de nuestros esfuerzos. Mirándola de cerca, la riqueza no es otra cosa que un medio de satisfacer nuestras necesidades, y no tratamos de adquirirla sino á causa de los goces que nos procura. En el fondo, lo que la humanidad busca desde su cuna, el objeto verdadero de sus aspiraciones unánimes, es la felicidad ».

« El Estado más perfecto, según la palabra admirable de Aristóteles, es aquel en que cada ciudadano puede practicar mejor la virtud y asegurarse más la felicidad ».

Para el individuo como para la sociedad, la dicha es el fin supremo á que tienden tanto el uno como la otra en sus múltiples agitaciones y al través de la infinita variedad de sus esfuerzos. Es el móvil, el sueño de toda la vida. Si es cierto lo que reza el adagio popular *que la riqueza no constituye la felicidad*, no es ménos cierto que la privación no solo dificulta la dicha, sino que esteriliza las facultades, alejando todo medio de hacer el bien, de ser útil, de cumplir, en una palabra, los destinos sociales.

El cuerpo tiene necesidades que deben ser satisfechas so pena de quitar al alma todo apoyo y toda energía. Los antiguos habian dicho con entera razon: *mens sana in corpore sano*. Si el violin se quiebra ó se dobla, ¿cómo puede el artista arrancar de él las melodías que perecerán faltas de un instrumento material para traducirlas?

El interés personal es un móvil poderoso de los actos humanos, pero no es el único; hay el amor paternal, el patriotismo, la caridad. Esto entra en el órden de la moral; y la Economía Política, restringiéndose á sus dominios, no debe cometer contra sus vecinos ningun acto de hostilidad.

«Supongamos, dice Rossi, que sea un medio de riqueza nacional hacer trabajar los niños durante quince horas: la moral diría que esto no es permitido. . . . Cuando la aplicacion del trabajo es contraria á ese fin, más elevado que la produccion de la riqueza, no debe aplicarse».

La misma restriccion deberia aplicarse al trabajo de las mujeres en las minas, de la esclavitud, suponiendo que se demostrara que esos trabajos son más productivos. Al lado del interés de la produccion es necesario colocar el del productor y de la sociedad entera.

«Existe una utilidad suprema en la cual se resuelven definitivamente todas las otras, y esta utilidad suprema es la justicia. Ella tiene la última palabra en los negocios humanos, y solo con el acuerdo completo de sus prescripciones es que las medidas económicas obtienen la sancion que necesitan y la prueba de que no están infectadas de error.—Passy».

Si es indispensable esta frecuente colision de lo útil con lo justo, nada tiene en la práctica que sea embarazoso para el economista ó que debilite sus conclusiones.

«Lo útil, ha dicho Bordes de Enoulin, es el aspecto práctico de lo justo, lo justo es el aspecto moral de lo útil. El conflicto cuando se cree constatado proviene con frecuencia de haberse detenido en las apariencias. Esta utilidad que oponois á la moral es ilusoria y desaparece ante un exámen más detenido».

No es cierto que el mal de uno sea provecho de otro y que se debe optar entre el engaño ó el egoismo. Esa frase de Montaigne frecuentemente citada se interpreta mal; será exacta si se aplica al provecho inmediato que obtienen ciertas profesiones de los males públicos; el médico, de la epidemia; el abogado de los pleitos; los tenderos, de la prodigalidad; los periodistas, del escándalo.

No es cierto, tomando el ejemplo de Rossi, que sea útil hacer trabajar los niños durante quince horas. Habria por lo pronto un exceso de produccion, pero cesaria luego con la produccion misma esterilizada en sus fuentes. Sucede lo mismo con la mayor parte de las antinomias que se complacen en señalar ciertos espíritus discolos. No se ha mirado bastante lejos ni con profundidad; base tomado en cuenta lo que se ve, sin investigar lo que no se ve, llegándose á la afirmacion de una utilidad que tarde ó temprano quedaria desmentida por los hechos tan netamente como es rechazada á primera vista por la moral.

En realidad no hay antagonismo entre lo bueno y lo verdadero, entre lo justo y lo útil, entre la moral y el interés. Casi siempre una buena accion es al mismo tiempo una buena especulacion, y desde aquí abajo en el terreno material, hay razon para cumplir el deber. Bella y consoladora armonía cuya demostracion se encontrará á cada paso en este curso.

En resumen: si la Economía Política tiene el derecho de limitar su preferencia al terreno del bienestar material y del interés personal, que es un poderoso resorte de actividad social, es á condicion de no desconocer los móviles superiores y verificar que sus conclusiones no tengan nada que pueda herir las otras ciencias morales.

Esta tésis acaba de ser tratada con el *humour* británico en el 25.º Congreso de ciencias sociales que tuvo lugar últimamente en Nottingham.

«Se reprocha algunas veces á la Economía Política, dijo el presidente del Congreso, Mr. Hastings en su discurso de apertura, de no inculcar á sus adeptos la moral, la filantropía, la ternura, la generosidad, la benevolencia; en una palabra, los sentimientos más nobles y más delicados de la naturaleza humana. Tanto valdria como quejarse de que las matemáticas son distintas de la teología, y mofarse de un ingeniero porque no escribe sonetos ó tragedias».

La salida es espiritual, pero poco demostrativa. Se pide á la Economía Política no de inculcar todas esas virtudes á sus adeptos, sino de no contradecirlas. Nada hay de comun entre el génio civil y la tragedia. Se puede ser á la vez un excelente ingeniero y componer detestables sonetos. Pero un economista que llegase á conclusiones inmorales, seria un sabio falso y peligroso.

El desacuerdo advierte inmediatamente que de una parte ó de otra se ha omitido algun elemento en las deducciones, y casi siem-

pre terminan por entenderse. Por lo demás, se comprende que en el caso de un desacuerdo irreductible, si pudiera producirse uno de ese género, sería la moral la que tendría la última palabra.

«El proyecto de Temístocles, dijo Aristides, es muy ventajoso, pero injusto», y lo hizo rechazar.

La Economía Política no puede incurrir en el reproche del materialismo del que trato de disculparla y que se lanza sin conocerla. Léjos de exaltar la materia, la señala siempre y por todo subordinada al espíritu. El trabajo es el gran factor humano, pero debe su productividad á la inteligencia.

«Esta usina con sus útiles, sus máquinas, sus motores, es un cuerpo sin alma; lo que la anima es el capital inmaterial, intelectual, la habilidad del obrero, la ciencia del ingeniero, la dirección inteligente de la empresa, la fuerza moral en todo. — Jourdan ».

Cuanto más se estudian los fenómenos económicos, más se ve brillar la verdad de esta gran palabra de los antiguos: *mens agitat molen*; es el espíritu que domina y fecunda la materia, es la fuerza moral que sirve de apoyo al progreso material.

Relaciones de la Economía Política con el Derecho y con la Política.—Después de haber examinado el papel y la actitud de la Economía Política con relación á la moral, pasaremos á ocuparnos de sus relaciones con la política y el derecho.

Si se admite con Bossuet que «el verdadero fin de la política consiste en obtener una vida cómoda y los pueblos felices», y con Mr. Thiers que «el primer deber de los gobiernos es de procurar á los pueblos la satisfacción de sus necesidades materiales y morales, de hacerlos tan prósperos como sea posible alejando de ellos la miseria que arruina el espíritu tanto como el cuerpo», se ve que el arte de gobernar no puede tener una guía más segura que la Economía Política que tiende á los mismos fines.

«Las leyes, según la frase profunda de Montesquieu, son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas».

Bacon ha dicho lo mismo, y con nó ménos elevación, que no se domina la naturaleza sino á condición de conocer y respetar sus leyes: *Natura non imperatur, nisi parendo*. Ahora bien: es la Economía Política la que enseña esas relaciones naturales y armoniosas de las cosas y de los intereses de la cual la ley humana debe ser la expresión y consagrar el respeto.

La ley obra como una potencia bienhechora ó temible sobre la producción y repartición de las riquezas, por el impuesto, los de-

rechos de aduana, los trabajos públicos, el régimen de la propiedad, el trabajo y la familia. Para dictarla ó interpretarla es necesario darse cuenta de las repercusiones económicas, analizar sus reacciones sucesivas, siguiéndolas de cerca en su estado vivo y concreto, prever las perturbaciones y el mal ó el bien que pueden resultar en definitiva. El conocimiento de esto es para el legislador y el jurisconsulto un deber tan imperioso como difícil, y si todos lo cumpliesen, ¡cuántas leyes funestas no se habrían dado á luz!

Apesar de los auxilios recíprocos que se prestan la política y la economía, deben señalarse sin embargo entre ellas graves oposiciones y tendencias.

La primera consiste en que la política es ante todo un arte contingente que debe tener en cuenta las pasiones, las preocupaciones de los hombres, graduando la aplicación de los principios según la dosis variable y progresiva que toleran las circunstancias y el medio. La legislación es una especie de armadura que debe transformarse y agrandarse con la sociedad. La otra oposición es más grave y de naturaleza orgánica. El jurisconsulto solo ve en la ley el texto escrito; considera de segundo orden las costumbres, los hábitos, las tradiciones, todo lo que constituyó verdaderamente la vida de un pueblo; trata de encerrar el mundo en sus Códigos, y solo tiene una preocupación: extender el dominio de las leyes. El economista tiene una preocupación inversa para él estando todas las cosas sometidas á un orden establecido; una intervención artificial corre el peligro de desordenar las armonías naturales. Solo debe estarse al «dejad hacer, dejad pasar».

La ley no debe merecer ni el fetiquismo de los unos ni la desconfianza de los otros. Si en todos los casos no es siempre saludable ¡quién puede sostener que sea siempre funesta!

«La disposición á admitir únicamente el grado de orden que se establece por sí mismo: equivaldría en la práctica social á una especie de dimisión solemne de la ciencia. — A. Comte».

Todos nuestros males no provienen de una mala legislación económica, y no habría seguridad en afirmar que fuese provechoso suprimir ciertas trabas establecidas por la ley al libre juego de los intereses. Pero después de esta reserva que debemos hacer para colocarnos en un justo medio, no trepido en pronunciarme contra la tendencia de los legistas en exagerar el dominio de la ley queriendo codificarlo todo y atarnos fuertemente á las formalidades legales.

Sin atreverme á calificar la ley como se ha hecho, de « mal necesario », se puede por lo ménos sin irreverencia querer limitar á esas funciones de las que la libre actividad de los individuos y de las familias no son suficientes para asegurar su cumplimiento. Pero en esta concepcion de la ley, se debe reconocer que lójos de estrecharse progresivamente, su dominio se extiende con la complicacion de nuestras sociedades modernas donde las familias cada vez más absorbidas por la especialidad, vienen á ser ménos capaces de soportar las exigencias crecientes del organismo social.

La Economía Política cediendo á lo que tiene de legítimo y de imperioso ese movimiento, asigna sus límites á la accion gubernamental y desenmascara esos sistemas socialistas que quisieran suprimir toda iniciativa individual en provecho del Estado.

Método de la Economía Política. — Para asegurar su marcha sin dejarse turbar por el miedo que levantan los falsos sistemas, la Economía Política dispone de su método que ha renovado todas las ciencias y que se aplica con no ménos fecundidad á las cuestiones económicas y sociales: el de la observacion.

Quizá al principio no se haya proclamado bastante alto su necesidad. Los economistas, los antiguos sobre todo, consideran la Economía Política como una ciencia de deducccion que un pensador dotado de una cabeza sólida podria construir á su gusto en su gabinete.

Rossi escribia hace 40 años « que es más bien una ciencia de razonamiento que una ciencia experimental ».

El procedimiento deductivo ha sido sobre todo el de la escuela inglesa desde Ricardo hasta Stewart Mill.

Parte de vistas generales y metafísicas sobre el hombre considerado en sí mismo, y los asimila « á axiomas igualmente verdaderos para todos los tiempos y para todos los pueblos; despliega los recursos de una dialéctica sábia, á fin de decir cuál debe ser el orden racional de las sociedades en lugar de observar lo que es realmente ». — Caubbs.

Ese es el procedimiento « del espíritu clásico »; ese es tambien el de Rousseau y el de sus adeptos, que se han forjado un hombre, ó antes más bien dicho un *homusculus*, cosmopolita, abstracto, desposeido de lo que constituye una personalidad, ni griego, ni francés, ni turco, « el hombre en sí », para el cual se trata de hallar leyes ideales aplicables á todo el mundo; es decir, á nadie.

« Las deducciones abstractas de la ciencia futura no me dejan

sin inquietud, dice M. Woloski, puesto que ellas tratan al hombre mucho más como una fuerza natural que como una fuerza moral. En contacto con los procedimientos rigurosos de la especulacion matemática, el hombre viene á ser *una constante* para todos los tiempos y todos los países, en tanto que en realidad es *una variable*.

Un maestro de filosofía y de historia M. Faive, ha analizado con fineza los destrozos del espíritu clásico á fines del siglo XVIII en una página brillante que nos complacemos en transcribir aquí. « Los hombres para los cuales se fabricó el contrato social, son hombres abstractos que no pertenecen á ningun siglo ni á ningun país, puras entidades que ha hecho surgir la vara mágica de la metafísica. En efecto se les ha formado cercenándoles espresamente todas las diferencias que separan un hombre de otro, un francés de un japon, un ingles moderno de un breton contemporáneo de César, conservándose únicamente la porcion comun. De esa manera se ha obtenido un residuo prodigiosamente débil, un extracto infinitamente recortado de la naturaleza humana, es decir, siguiendo la definicion de ese tiempo, un ser que tiene el deseo de la felicidad y la facultad de razonar, » nada más y nada ménos. Se ha tallado sobre este molde varios millones de séres semejantes entre sí; despues por una segunda simplificacion tan enorme como la primera, se les ha supuesto todos independientes, todos iguales, sin pasado, sin familia, sin compromisos, sin tradiciones, sin costumbres, como unidades aritméticas, todas separables, todas equivalentes. De la naturaleza que se les ha supuesto y de la situación que se les ha asignado no ha sido difícil deducir sus intereses, sus voluntades y sus contratos. Pero de que el contrato les convenga no se deduce que les convenga á los demás. Al contrario, lo natural es que no convenga á los otros y la desproporecion será extrema si se le impone á un pueblo vivo; tendrá por medida la inmensidad de la distancia que separa una abstraccion hueca, un fantasma filosófico, un espectro vacío y sin sustancia, del hombre real y completo!

Aspectos permanentes y variables de la humanidad. No me parece exacto afirmar que el hombre sea por entero un ser variable. Bajo todos los climas y en todas las edades hay un fondo permanente é idéntico, que es como la trama profunda de la humanidad. Pero cada siglo y cada civilizacion aportan variaciones características y el tinte de sus colores particulares. Así los principios aplicables al hombre se dividen como el hombre mismo en

dos grandes categorías: la de las leyes permanentes é inmutables y la de los reglamentos sociales que subordinados á estas leyes sufren incesantemente la impresion de las circunstancias y del tiempo. Esta justa posicion en el mismo hombre del elemento inmutable y del elemento evolutivo explica las aspiraciones contradictorias de la naturaleza, los conflictos entre la tradicion y la novedad. Da así la clave de la historia y hace sentir su contrapeso en todas las ciencias que se refieren al hombre y particularmente la Economía Política. Hay entre las doctrinas económicas verdades que son eternas: «ellas son las que forman el fondo y la sustancia de la ciencia; pero hay tambien observaciones que son contingentes á las cuales se ha convenido de darles formas de ley y que solo tienen una verdad relativa segun las circunstancias» Leroy Beaulieu.

El hombre es pues «una constante» por ciertos aspectos fundamentales sobre los cuales no ejerce influencia ni el tiempo ni el lugar. Esta porcion permanente de la humanidad suministraría una materia suficiente para los estudios de la sicología pero solo daría á la Economía Política una base estrecha y metafísica. Sería espornos á graves errores querer aplicar al hombre por entero, al hombre viviente, á nuestro contemporáneo, las deduciones obtenidas despreciando los lados variables y móviles de la humanidad. Esta concepcion deductiva de la Economía Política, se encuentra expresada en el discurso reciente que un economista ingles M. Lowe, pronunció en el centenario de Adam Smith «La Economía Política no está circunscrita á una nacion ó á un país, está fundada sobre los atributos del espíritu humano y ningun poder puede dominarla.»

Método de observacion. Este método deductivo ha sido poco honrado por los economistas de nuestro país. Si la observacion no aparece siempre en apoyo de cada uno de sus teoremas ha servido por lo ménos para dejarlos establecidos, como un andamio que se quita una vez terminada la construccion. Hoy el espíritu público formado por una excelente disciplina y familiarizado por todas las ciencias con los procedimientos de la crítica esperimental se ha hecho más riguroso tambien para los economistas. Lo ordena calzar ostensiblemente estos «boreguies de plomo,» la observacion y la experiencia, sin las cuales segun la palabra de Bacon, se corre riesgo de perderse en las nubes; quiero ver los hechos que sirven de apoyo al razonamiento. Como lo dijo un maestro

que ha unido el ejemplo al precepto «se exige á la Economía Política haciéndole la intimacion de que sea una ciencia esperimental dando la demostracion de sus teoremas, no solamente por su exactitud lógica sino tambien por la acumulacion de hechos» Leroy Beaulieu.

La Economía Política tiene interes en obedecer á esta intimacion: como Anteo pierde sus fuerzas separándose del suelo, y se hace invencible apoyándose en él.

Para ponerse en contacto con los hechos, no puede recurrir á los procedimientos de la esperimentacion propiamente dicha, que es tan fecunda en las otras ciencias naturales, y sobre todo en la sicología. Salvo en casos raros, (por ejemplo:—Tratándose de los caminos de fierro por el Estado, de la industria oficial, de los talleres nacionales) no es permitido hacer esperiencias en un pueblo como los que tienen lugar en el laboratorio ó en el anfiteatro. El economista no dispone de hechos ni los produce á su gusto; no tiene otro recurso que el de constatarlos, sea por la observacion directa si pertenecen al presente, sea por la historia si su dominio es el del pasado.

Estas dos formas del método tienen mas analogía que la que parece á primera vista. Como las naciones han adelantado en la vía de su desarrollo se pueden obtener resultados muy aproximados, observando cuidadosamente al tiempo y al espacio. La observacion contemporánea nos revela entre pueblos diversos la serie de etapas recorridas por el mismo pueblo siguiendo el curso de su evolucion histórica; nos muestra en plena vida organizaciones sociales que nos parecerian inexplicables por el solo testimonio de la historia y el pasado de las sociedades humanas se encontraria iluminado del mismo modo que lo seria la geología, si se descubriese en alguna parte y en estado viviente los fósiles enterrados en las capas profundas del suelo.

La historia y la Economía Política. Para el estudio de los fenómenos económicos la observacion directa puede suplir á la historia ajustándola á una precision más científica. La historia en efecto tal como ha sido comprendida durante largo tiempo no consistia sino en una simple narracion de batallas y de tratados, ligada á la biografía de los soberanos. Aclaraba algunos puntos pero dejaba los demás en la sombra. Exceptuando algunos actores de eleccion solo hacia aparecer la turba oscura de hombres como las comparsas en un drama. En su calidad de gran señora

dendeñaba todo lo que no era un golpe teatral lo que justificaba aquel dicho «felicis los pueblos que no tienen historia!» Con frecuencia los historiadores eran «abogados de tal ó cual causa que escudriñaban el pasado para encontrar argumentos, que interrogaban los hechos como en otro tiempo se interrogaba algunas personas para arrancarles alguna confesion, torturándolas! Jourdan.»

Es justo declarar que la historia renueva cada día sus procedimientos y que empieza á abandonar los palacios de los reyes, las c6rtes, las cancellerías, los parlamentos, los campos de batalla para frecuentar los castillos y las cabañas, haciendo buenas migas con los que viven sobre la tierra, burgueses y artesanos de las ciudades, propietarios y paisanos de los campos.

Importancia de la observacion directa. Cuando se haya obtenido esa transformacion tan deseable podrá la historia ocuparse de los pueblos felices y se habrá convertido en una fuente preciosa donde la ciencia social podrá ir á consultar los hechos. Pero hasta ent6nces la observacion directa es el medio más eficaz para el economista. Colocado frente á frente del hecho puede interrogarlo bajo todos sus aspectos inscribiendo las respuestas en cuadros met6dicos y llegar á conclusiones tan instructivas como inesperadas.

Había error en imaginarse que esa observacion sobre hechos corrientes, usuales, que se tienen á la mano y que cada uno se figura conocer sea un procedimiento de una aplicacion banal y casi instintiva. Exige al contrario una preparacion especial, una tension vigorosa y muchas precauciones. Segun la frase de Rousseau «es necesario mucha filosofía para observar lo que se vé todos los días»

La observacion directa es por consiguiente la palanca del economista, sea que proceda por esos vastos informes oficiales, que suministran la materia de nuestras estadísticas administrativas y demográficas, sea que ponga en juego la accion personal del observador y se traduzca en estudios detallados ó «monográficos» de ciertos tipos de individuos, de familia ó de organizacion social.

Este último método ha sido puesto en claro y aplicado de un modo magistral por un pensador eminente, Federico Le Play, de quien me honro en haber sido colaborador y amigo y cuya muerte reciente deplora la ciencia social.

Ciencias auxiliares. Además de la estadística que es su prin-

cipal auxiliar, la Economía Política llama útilmente en su ayuda á la etnografía, que describe las razas y diseña sus transformaciones; á la geología y á la geografía que enseñan las condiciones físicas del medio cuya influencia sufren esas razas. No tiene necesidad de conocer á fondo la tecnología profesional; pero no puede ignorar la organizacion de los talleres, y por ejemplo, la composicion y funcionamiento de las cuadrillas de trabajadores en la metalurgia las minas, la hilandería y los tejidos. Si no tuviera algunas nociones de este género, sumarias, pero precisas, estaria condenada, en las cuestiones de salarios, á generalidades vagas, y no se atrevería á detenerse en ellas.

Rol de la induccion en la Economía Política. Cuando los hechos suministrados por la observacion directa y por las diversas ciencias auxiliares han sido cuidadosamente reunidos y clasificados, es ent6nces que el razonamiento recobra sus derechos. Hasta allí no habia tenido otro rol legítimo que el de sugerir hipótesis verosímiles y provisionarias, para guiar al observador en la masa confusa y en la complejidad infinita de los hechos. Pero una vez los materiales al pié de la obra, ha llegado el momento de edificar. Esta es la tarea de la induccion, que se eleva de los hechos á las síntesis, arrancando de ella sea leyes eternas y permanentes, como el fondo eterno y permanente de la humanidad, sea reglas contingentes que se adaptan á tal ó cual de sus fases.

Esas leyes y esas reglas deben sufrir el control, y diría casi el asalto de nuevos hechos, so pena de ser desechadas por otras generalizaciones más verdaderas y más sintéticas. «Una teoría ha dicho Voltaire, es una raton que pasa por nuevo agujeros: un décimo la detiene;» y parafraseando esta metáfora original que «encuentro llena de sentido,» Arago agrega que multiplicar los agujeros que el minero debe atravesar ó el número de pruebas á las cuales una teoría debe someterse, es el medio infalible de hacer marchar las ciencias con paso seguro.»

Por su parte, Aristóteles recomienda que al estudiar las teorías se las confronte con los hechos y con la vida práctica. Cuando ellos concuerdan con la realidad, se les puede adoptar. Si no concuerdan puede sospechárseles de no ser más que vanos razonamientos.

Encontraréis allí, expresado con la alta sabiduría del gran filósofo esta necesidad á la que apelaré á toda hora «la comprobacion» entre las conclusiones dogmáticas, y sus consecuencias prácticas sobre el terreno de los hechos.

Así, el razonamiento para guiar *á priori* la observacion, é inducir en seguida las leyes; la observacion para reunir los hechos y verificar las leyes *á posteriori*; tal es la division de atribuciones que me parece debe establecerse para las investigaciones económicas, entre la razon y la esperiencia, esas dos poderosas palancas del progreso humano.

Necesidad actual de la Economía Política. Los problemas económicos nos asaltan desde nuestra entrada en el mundo sin que podamos libertarnos de ellos. En otro tiempo las cuestiones de este género no se planteaban siquiera: resueltas ó no estaban como ahogadas por la conformidad ó indiferencia general. No se sospechaba su dominio, pues la curiosidad estaba en otra parte. En la edad media, por ejemplo, es la teología la que atrae y absorbe los espíritus selectos; en el Renacimiento es el culto de las letras y de las artes que resucita con la antigüedad; en el siglo XVII, es la filosofía con sus audacias y su gestacion de un mundo nuevo. Cada siglo aparece así en la historia con sus rasgos dominantes. En cuanto al nuestro, que toca al fin de su curso y que, bajo el punto de vista de los progresos materiales, podía ser llamado «la edad del vapor y de la electricidad,» está caracterizado en el orden moral, por la preocupacion de los problemas concernientes á la organizacion interior de las sociedades. Es el siglo de las cuestiones sociales.

La atencion pública gira al rededor de esas cuestiones, que todo el mundo se cree capaz de abordar. Cada uno se mezcla en ellas con ó sin competencia. Para una verdad se lanzan mil sofismas á la circulacion. Estos sofismas hacen fortuna y se les encuentra en todas partes desbordantes, invasores. En general los sabios son los dueños incontestables de su dominio, cuyo acceso está prohibido á los profanos por dificultades exteriores y particularmente por una terminología especial. Nada de eso impide el acceso al terreno económico. Así que ha sido invadido y pisoteado por la multitud que todos los días dá en él sus decisiones tan ardientes como contradictorias.

Hacer oír el lenguaje de la ciencia y de la razon en medio de esas voces discordantes; desenmascarar el error que pasa y proclamar la verdad que queda; analizar el papel de los factores económicos; demostrar sus armonías y sus deberes respectivos, tal es la tarea y tal los beneficios de la Economía Política. Os será particularmente útil á vosotros que no habeis sido influenciados

por esos sofismas y esos cálculos egoistas. Sois jóvenes, privilegio inapreciable cuyo valor se siente más á medida que envejecemos y que Bastiat celebró magníficamente en su célebre introduccion de las armonías económicas, dedicándolas «á la juventud francesa.» Estais llamados además á ejercer una accion en el mundo por la palabra, la situacion, el ascendiente personal. Ahora bien, señores, «ciencia es conciencia ilustrada; querer y saber es poder; no basta querer.» Gratry.

Ninguno puede conveniros mejor que el de la Economía Política y si alguno viniere á deciros que puede ser suplida ventajosamente por la práctica, le responderéis con Royer Colles, «precin- «dir de la teoría es tener la pretension, excesivamente orgullosa «de no estar obligado á saber lo que se dice cuando se habla, «y lo que se hace cuando se obra ó ejecuta.»

¿Qué es la patria?

POR EL DOCTOR DON MANUEL HERRERO Y PÉREZ

Señoras y señores:

El Ateneo del Uruguay ha querido solemnizar con una fiesta gloriosa, el aniversario más grandioso de nuestra nacionalidad: la leyenda pasada de los Treinta y Tres inmortales que labraron la obra de nuestra emancipación.

Cuando se recuerda tanta heroicidad y valerosa vida en la fantasía tanta memoria gloriosa; cuando, con legítimo orgullo, nos reconocemos herederos de tan nobles tradiciones; cuando pensamos que de aquel esfuerzo gigantesco inclinamos á la vida nacional, sentimos en el pecho todo el sagrado amor de la patria, y en el oscuro horizonte, parece que víamos vagar las fantásticas sombras de nuestros héroes que han descendido hasta nosotros para pedirnos estrecha cuenta del legado que nos dejaron.

Nada más grande pudieron darnos; — ¡nos dicen patria!

¿Habéis la que es la patria?

¿Habéis abandonado alguna vez la natal orilla en la que dejasteis todos los recuerdos de la infancia, todas las esperanzas de la juventud y todos los afectos de la vida? ¿Habéis podido definir el sentimiento que en ese instante oprimió vuestro corazón, inundó la voz en vuestra garganta y os llenó de lágrimas los ojos?

Los sentimientos no se definen, como no se discuten.

Nacen al calor de encontradas impresiones; crecen vigorizadas por la simpatía; se imponen por el hábito; nos arrastran por el entusiasmo con que nos nutran y nos engrandecen por lo que nos inspiran.

Sentir locos entusiasmos por la gloria; batallar apasionadamente por una idea; agitarse; luchar; ser vencedor ó caer vencido en la defensa de un sentimiento; eso es ser hombre.

Y entre todos los sentimientos que adornan á la naturaleza humana, ninguno más noble ni más sagrado que el sentimiento de la patria, porque á todos los vence.

Con todo desinterés le consagramos la totalidad de nuestros esfuerzos y concebimos que es dulce nuestro fin de los que parecen por redimirla.

A la patria se la quiere sin tener en consideración más datos que los del mismo sentir que inspira; se la venera con religioso culto y á los que nos profetizan su caída les contestamos con la sarcástica sonrisa de la incredulidad.

No puede vivir mucho tiempo lejos de ella, pero no se vive muchos años cuando se pierde la esperanza de volver á verla, porque la nostalgia es también una enfermedad incurable.

La patria nos habla en el indelible recuerdo con que murmuran las olas en la ribera y en el melancólico silbido del viento que estremece la arboleda; el cielo de la patria nos sonríe en esos días serenos de primavera en los que cuejan los primeros frutos y revolotean las primeras golondrinas; la patria nos acaricia en cada brisa que llega hasta nosotros cargada de perfumes; en la patria las piedras del camino, la verde montaña que cubren el horizonte, el arroyo que se arrastra por el húmedo espaldar de los prados, todo tiene algo que nos pertenece, que despierta á cada instante el recuerdo de un accidente de nuestra vida, algo que forma parte de nosotros mismos porque es el marco que realza los hechos que constituyen la historia de cada hombre.

Ella tiene sus aniversarios gloriosos, pero tiene también sus tristes aniversarios!

El que hoy celebramos lo ha eternizado ya el mármol en un monumento tan modesto, como grande es la hazaña que conmemora; la poesía lo ha cantado en inimitables versos y la pluma lo ha objetivado en lienzos dignos de pasar á la posteridad.

Indudablemente que en nuestra historia no hay un hecho más digno de ser celebrado. Sino estuviera tan próxima la fecha de su realización, dudáramos de la verdad de tal acontecimiento.

Es necesario remontarse á la época mitológica de los pueblos antiguos para encontrar un héroe de comparación á tan heroica hazaña. Unos pocos consideraron un día, en tierra extraña, la idea de libertar á su patria de la dominación extranjera. Treinta y Tres hombres, apenas, pisaron la costa oriental en la alborada del 19 de Abril de 1825; Treinta y Tres hombres que fueron, según la magnífica expresión de nuestro primer lírico:

Encarnacion, dulcísima armonía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la pátria mía!

Y en efecto, aquellos Treinta y Tres sublimes soñadores, traian consigo el alma de un pueblo tan grande en su prosperidad como en su infortunio; de un pueblo destinado á batallar incesantemente sin que jamás haya podido, como el héroe de la leyenda griega, apagar la sed de justicia que hace tantos años que lo devora.

Señores:

Estoy lejos del tema que me habia propuesto desarrollar en esta conferencia. ¿Sabeis lo que es la pátria? ¿Sabeis lo que por ella se sufre?

Interrogad las conciencias de los que hemos llegado á la vida en una época sin horizontes y sin esperanzas; imaginad el supremo dolor de los que al llegar á la edad de las primeras ilusiones, han sufrido el primer desencanto, y decid si la patria no debe ser querida con un cariño tan inmenso como grande es la desgracia que la aflige.

He dicho.

Carta disculpa

POR DON DANIEL MUÑOZ

Señor Dr. D. Antonio M. Rodriguez.

Mi estimado amigo:

Tuvo Vd. la deferencia, en compañía de los señores Llamas y Dominguez, de invitarme á tomar parte en la velada literaria que ha de celebrarse el día 19 del corriente en el Ateneo del Uruguay; y tuve yo por mi parte la debilidad de prometer que correspondería á la galante invitacion que tan inmercedamente se me hacia, llevando mi pobre concurso, etc., etc (aquí pone Vd. todo lo que la modestia aconseja en estos casos).

Que yo aceptase, nada tiene de particular, pues sobre honrarme la invitacion, halagaba mi amor propio el verme solicitado para alternar con quienes tienen ya cetro y corona conquistados en el reino de las letras. Pero sabe Vd. que va mucho trecho del dicho al hecho, y aunque con la mejor buena voluntad dije que concurriria, no he logrado hacer nada que valga la pena, y aquí me tiene Vd., contrito y avergonzado, trayéndole la embajada de que no puedo cumplir mi promesa. ¿Por qué?... Va Vd. á saberlo.

Celebrábase allá por el año no recuerdo cuantos, el aniversario patriótico de una de las naciones con las cuales la nuestra cultiva relaciones de buena amistad, y entre los honores que debia tributarse á la Nacion amiga, estaba decretada una salva de 21 cañonazos con que á medio dia habia de saludarse el pabellon.

Pero es el caso que llegó la hora, y pasó otra, y no se dejó oír un solo cañonazo, apesar de las señales apremiantes que se hacian á la fortaleza del Cerro; é impacientado el Ministro de la Guerra con aquel desacato á sus órdenes, que importaba un desaire á la nacion amiga, mandó llamar al dia siguiente á su presencia al comandante de la fortaleza, con ánimo de destituirlo.

Compareció el Comandante ante el Ministro, y éste, exaltado con lo del desacato, lo interpeló duramente, preguntándole:

— Señor Comandante! ¿por qué ha desobedecido Vd. mis mandatos no haciendo ayer la salva que lo habia ordenado?

— Por diez y nueve razones, señor Ministro, contestó tranquilamente el interpelado.

— Espóngalas Vd., vociferó el Ministro.

— La primera, señor, porque no tengo pólvora...

— Pues suprima Vd. los diez y ocho restantes, dijo el Ministro dándose vuelta, para no soltar una carcajada ante su subalterno.

Pues lo mismo que el comandante de mi cuento, contestaré á Vd. señor Rodriguez cuando me pregunte:

— ¿Por qué no hace Vd. la salva literaria que estaba comprometido á hacer en esta conferencia?

— Por diez y nueve razones! La primera, porque no tengo pólvora, quiero decir, que no tengo el ingenio que se requiere para estas andanzas literarias, y sabido es que para tales fiestas, es tan necesario el ingenio como la pólvora para las salvas.

Con esto, quedaría ya relevado de esponer las diez y ocho razones restantes que militan para que no cumpla yo mi promesa, pero á fin de que Vd. no crea que sea falsa modestia la que me inhibe de concurrir al certámen, quiero probarlo á Vd. que no tengo por donde hacerme lugar entre los conferenciantes.

Un discurso anuncian los programas que he de pronunciar yo.— Está bien.— Pero un discurso debe versar sobre algo, aunque sea sobre los hábitos laboriosos ó guerreros de las diversas tribus de hormigas conocidas, y yo confieso, con rubor, que jamás me he preocupado de lo que hacen ó dejan de hacer esos interesantes insectos *himenópteros aculeíferos*, de la familia de los *heterójinos*, que comprende muchas especies diversas entre sí por su forma y costumbres. Esto, como Vd. vé, es científico, pero con pura ciencia no se hace un discurso, y por consiguiente renuncio á ocupar me científicamente de ningún insecto.

Todavía, si en vez de poner discurso, se hubiera anunciado que yo diría *cuatro palabras*, algo tal vez habria podido hacer, porque no sería muy difícil allí que digamos, arreglar cuatro palabras sobre cualquier asunto. Pero hay ya *palabras inaugurales* por el Dr. Demaria, *palabras de clausura* por el Dr. Azarola, y agregándolos las cuatro mias, poco faltaría para hacer el sermón de las siete palabras, y creo que no se ha invitado á la distinguida concurrencia

que hoy asistirá al Ateneo, para oír sermones ni cosa que se lo parezca.

Agregue Vd. á todo esto que la solemnidad del dia exige hasta cierto punto que se hable sobre el acontecimiento patriótico que se conmemora, y lo que es en ese tema, me tiene tomadas todas las esquinas. Por lo pronto, está el discurso del Dr. Herrero y Espinosa, cuyo título abarca por sí solo todo cuanto sobre la patria pudiera decirse. *¿Qué es la patria?* Segun el diccionario de la lengua: patria es el lugar, ciudad ó país en que uno ha nacido. Supongo que mi amigo el Dr. Herrero no se habrá ceñido á esa definicion seca y pedagoga. Se echará á buscar la patria por los dilatados campos de la imaginacion, y estoy seguro que con tal prolijidad los habrá espigado, que no me ha dejado ni una sola metáfora que pueda aplicarse á la patria, dado caso que mi discurso rodase sobre ese tema.

Pongamos ahora que yo quisiera hacer un paralelo entre los tiempos de la independencia y los de la actualidad. Ya vé Vd. que ahí tendria tela sobrada para despacharme á mi gusto. ¿Qué comparaciones! Figúrese Vd. de cuánto efecto sería una reminiscencia histórica de la Playa del Arenal Grande en que desembarcaron los próceres de nuestra independencia, comparándola con la *playitas* de estos modernos tiempos! Pero por ahí tambien me tiene cojido el Dr. Melian Lafinur con su poesía *Las dos fechas*, pues no se necesita ser adivino para comprender que el título reza con aquel tema.

Suponga Vd. que quisiese yo describir el descorazonamiento de aquellos beneméritos ciudadanos ante las miserias del presente, pintando á un noble soldado, vencido por los años, levantándose de su lecho de muerte y extendiendo su brazo descarnado, cubierto con una manga harapienta en que se ven todavia los restos de una gineca de sargento, para lanzar un último anatema contra los que prostituyen las glorias del pasado, traficando con la sangre de la patria y enrostrándoles la miseria en que muere un sargento que peleó en cien batallas, al mismo tiempo en que viven entre el fausto los generales vírgenes de todo olor á pólvora.

Vastísimo campo tendria ahí para desarrollar mi discurso, pero desgraciadamente para mí, y afortunadamente para los oyentes, ya lo tiene ocupado Busto, quien dirá eso mismo y más, y mejor dicho, en las redondas estrofas del *Último de los Treinta y Tres*. Nada puedo decir pues sobre este tema, ni aún cuando quisiera ha-

cer un paralelo con otras razas de héroes que se han extinguido, pues ya Fenimore Cooper habló del *Último de los mohicanos*; Fernandez y Gonzalez nos pintó *Los monjes de las Alpujarras* ó el *Último Abencerraje*, y Eusebio Caro cantó el *Último Inca*; de manera que se han acabado todos los *últimos*, y no queda uno ni para remedio.

Cerrados esos temas sobre la patria ¿qué otro me quedaria por ensayar? ¿El amor? Ya es viejo Pedro para cabrero, y sobre todo, la *Irene* del señor Albistur me hace temer que esté tratado el asunto, porque ¿de qué otra cosa que de amor se ha de hablar tratándose de una mujer?

Todavía me quedaria el recurso de echarme á bogar, como nave sin timon, por los oncespados mares de la fantasía, pero aún por ahí me ha tomado la delantera D. Ruperto Perez Martinez, y no es cosa de que yo ponga mi prosa á remolque de su poesía.

Podria presentar un discurso de confeccion, como la ropa hecha que sirve para todos, lo mismo para los altos que para los bajos; para los flacos que para los gordos; pero desgraciadamente no se permiten tales contrabandos por las Aduanas del Ateneo. Podria tambien surcir frases como quien surce retazos de zaraza para hacer una colcha, y sacaria entónces á lucir el talon de Aquiles, la espada de Dámoclos, la guadaña de la inexorable Parca, las columnas de Hércules, la roca de Sísifo, los suplicios de Tántalo, el Capitolio y la roca Tarpeya, el salto de Leucades, el tonel de las Danaides, Sócrates bebiendo la cicuta, el puñal de Bruto, el puñal de Harmodio, el puñal del Godo y todos los puñales.

Podria remontarme tambien á la rimbombancia de las metáforas castelánicas, y recorrerme de una sentada todo el Oriente: Tiro y Rumania, la artística Grecia; el Asia Menor, la infeliz Bizancio, el gran Mogol, el Turkestan y la Persia, y Constantinopla con todas sus mezquitas.

Todo eso como Vd. comprende, cabe y encaja en un discurso, y sobretudo en un discurso como el mio, que por no tener nombre podria abarcar todas las ciencias y todas las artes: la historia, la geografía, la antropología, la física, la química, y la metafísica: el yó y el no yó, el imperativo categórico, lo finito y lo infinito, el testimonio de la conciencia, el objetivismo ó subjetivismo de la razon, y echo Vd., y hacine, y sumo todo lo que sobre ese tópico pudiera decir, y dígame Vd. ¿dónde iríamos á parar?

Ya vé Vd. mi amigo si tengo más que diez y ocho razones ade-

más de la de falta de pólvora para no hacer un discurso para la conferencia de esta noche. La brecha del patriotismo me la tienen tapiada Dufort, Espinosa, Melian y Busto. La de la *fantasía* la cierra Perez Martinez; la del amor la custodia Albistur, y aún cuando quisiese entrar por la de las *influencias*, tropezaria con el señor Gonzalez Barrera, que ha hecho una idem de su apellido para atajarme el paso.

¿Qué hacer?.... Lo más acertado es no hacer nada, así es que pido perdon por la falta de cumplimiento á mi promesa, y con gran sentimiento, participo á Vd. que no tomo parte en la conferencia.

Me objetará Vd. que si bien por el lado literario no tengo entrada, podria buscarla por el lado musical, pero ni aún por ahí podria complacerlo, porque no toco ningun instrumento, ni sé cantar mas que el himno nacional, y Vd. comprende que cuando entonase aquello de:

Si tiranos de Bruto el puñal,

me mandarian enhoramala con la música á otra parte.

Por todo lo espuesto y otras razones que para mejor ocasion guardo, tengo el sentimiento de participar á Vd. que no tomo parte, y aprovecho esta oportunidad para repetirme como siempre su affmo. y S. S.

Daniel Muñoz.

Educacion

DISCURSO LEÍDO EN LA VELADA LITERARIO-MUSICAL, CELEBRADA EL 25 DE ABRIL DE 1883 EN EL TEATRO DE SAN FELIPE, POR LA COMISION DE EMPRÉSTITO DE LA «SOCIEDAD UNIVERSITARIA»

POR DON JACOBO VARELA

Señoras y señores:

¡Dónde iré yo, que no vaya con mi hastío! así decía y así se caracterizaba el inspirado autor de D. Juan y de Childe Harold!

Puesta de lado la inmodestia del parangon, no ha de parecer extraño que, invitado por una sociedad educacionista, para prestar concurso á objetos educacionistas, me ocupe yo de la educacion del pueblo.

La, para muchas, y aún para muchos, insipidez de la materia, no puede estorbarnos á que, en obsequio á las señoras y al carácter de esta fiesta, dejemos vagar la fantasía allá por entre las brisas juguetonas, los murmullos de las fuentes y las frescas y verdosas arboledas de la madre naturaleza.

Una tarde de primavera,! La primavera es la clásica estacion de los poetas,! el sol pinta el horizonte con estensas y paralelas franjas carmesías, adornadas de doradas guedejas, que se pierden en el claro-oscuro del zénit y más allá en el gris negruzco del naciente. Es esa hora de las contemplaciones místicas que inspiró á Selgas aquella su estrofa:

¡La misma luz que en el risueño prisma

De la gentil mañana en ondas arde!

¡La misma luz! . . . ¡la misma!

¡¡Quó triste es á la tarde!!

.

Por un lado la sucesion de ondulantes colinas semeja el oleage pesado y perezoso de las costas tropicales. Apenas si allá á lo

lójos la erguida cabeza de un gamo investiga y compulsa los peligros de la noche que se acerca. Por el otro lado el rio y el bosque, con sus murmullos y su alternados silencios misteriosos, con sus últimos trinos de llamada, con sus ráfagas de brisa que sacuden las hojas y levantan las burbujas de espuma del remanso, con los primeros aleteos que desperezan la modorra del ave nocturna, con los primeros rozamientos del felino que prueba, esti-rándose, la elasticidad de sus músculos.

No hay paisaje completo sin la presencia de aquel que se considera el Señor de lo creado. Pongamos á un hombre alto, fornido, esbelto si se quiere dar satisfaccion á la estética; tostada y bruni-da la piel por la intemperie. Démosle sentado á la márgen del rio, admitiéndolo impresionado por la solemnidad de la hora, apesar de la problemática actitud de su cerebro para esas impresiones, y miéntras la noche avanza!

En efecto, la noche avanza. Las franjas carmesies del horizonte se han desteñido en el gris sucio de los vapores sin luz, que se hama-can en la atmósfera interponiéndose á las estrellas. El agua y la espesura se tornan á intervalos más ruidosos; parece que todo se mueve; que una nueva vida se despierta con las sombras. ¡Saltos, gritos, zumbidos misteriosos, alas fantásticas que rozan, contactos vizcosos que electrizan, cuerpos aplastados que remueven el barro ó que levantan las hojas!

El hombre como todos los animales, como todo lo que vive á espensas de sus propias fuerzas, se revuelve y se agita en la única preocupacion de atacar ó defenderse, ya acechando desde la cavidad del tronco carcomido, ya encendiendo una hoguera para alejar los insectos pequeñitos que lo cercan, ó para poner á raya la gula del jaguar, que estremece con sus rugidos las barrancas, llenando de espanto á la comarea.

El chisporreteo de la madera, que desagrega al calor sus apretadas fibras, no impide percibir los susurros y chirridos de aquel infernal concierto de destruccion y de matanza.

Con implacable saña, con monstruosos deleites, con premedita-cion y alevosía, como dicen nuestras leyes para caracterizar los grandes crímenes, en una cadena interminable, sin solucion de continuidad, desde el más microscópico infusorio hasta el rey de las selvas, y hasta el que se considera el rey de la creacion, todos los organismos se acechan, se asaltan, se destrozan, y se devoran sin piedad.

Lo mismo el nido de la tórtola que el cardúmen de dorados pececitos, lo mismo la tela de la araña que la cama de barro de la hormiga, lo mismo la cápsula del gusano que el castor en su artístico escondrijo, lo mismo el ciervo que el hombre, todos están en peligro á cada instante de sentirse molestados, ó de perder la existencia, si no ponen todas las facultades al servicio de su defensa personal.

Cada noche que pasa, una cualquiera, en cualquier zona de la tierra; de la misma manera y con iguales móviles, bajo los cielos brumosos, que bajo la límpida atmósfera de los trópicos, cada día, y cada noche, y cada hora, dejan por millares las viudas y las huérfanas de la voracidad de todos los organismos

Esa es, señoras y señores, para la observacion, para la verdad, para la ciencia por consiguiente, *la madre naturaleza*.

Yo no tengo la culpa de esa insaciable impiedad de la materia organizada, como no tengo tampoco la culpa de que los poetas canten á las golondrinas que se mecen en májicas espirales, y se olviden de las docenas de insectos, muy bonitos y muy enamorados, que ellas se devoran por día para cobrar fuerzas y volver, evocadas por Becker:

Volverán las oscuras golondrinas,
De tu balcon sus nidos á colgar!

Es á aquel precio que se mantienen y equilibran las grandes armonias universales! La materia es siempre la misma; el que crece no crece sino á espensas del que muere. Esa es la ley fatal de lo creado, al ménos hasta dónde nuestra limitada inteligencia lo percibe y lo comprende!

«El hombre ha nacido libre y en todas partes vive esclavizado» decía Juan Jacobo Rousseau, con esa filosofía de *la naturaleza, madre amorosa y tierna*, que tanto mal ha hecho y tantos espíritus ha estraviado en los últimos cien años.

So conosco que el celeberrimo ginebrino escribia aquella proposicion sentado en la poltrona de un gabinete civilizado; libre de vientos que hielan, de calores que abrasan, de avalanchas que aplastan, de espinas que destrozan las carnes; libre de monstruos y sabandijas de toda especie y tamaño que se disputan el lugar en la lucha por la vida y que concluyen con el hombre de las

selvas, si no se defiende con teson en todos los momentos de una existencia miserable, decorada, sin embargo, por la fantasía de los filósofos, con los atributos de la libertad.

Para la investigacion desarrollada de los tiempos modernos, aquello de que «el hombre ha nacido libre, es, á la verdad, la aberracion de un alucinado; alucinado que amamantó, sin embargo, la más colosal de las revoluciones sociales.

El hombre inculto ha nacido amarrado al medio ambiente en que se nutre, esclavo servil de sus necesidades físicas. No tiene más libertad que la de pelear eternamente contra todos y todo lo que le rodea. Ni la libertad, siquiera, de morir se le queda, porque el llamado instinto de conservacion lo domina siempre como á todos los organismos, y le manda destrozar cuanto se oponga á su existencia.

Lo que se llama ahora la libertad; el sentimiento consciente de ejercer las actividades individuales en un radio determinado más ó ménos extenso, sin que los otros hombres lo destruyan á uno; la idea del derecho con que yo cerceno el albedrio de los demás á trueque de sacrificar una parte del mio propio, es un hecho que no se produce y una idea que no nace, sino por la comandita ante el peligro comun.

Nace, sí, en el hombre prehistórico, como ha nacido en los infinitos ejemplos de los animales que nos rodean; pero nace como el niño, incapaz para gran cosa en los primeros albores de la vida.

Nace y se amamanta en el compañerismo estrecho de la lucha, se arraiga en la familia, se desarrolla en la sociabilidad, se vigoriza en la accion, y lenta y penosamente, á través del tiempo y del espacio, sacrificando generaciones infinitas, derrumbando poderíos transitorios, se extiende y se magnifica con las instituciones libres que formulamos y de que nos envancecemos en los tiempos modernos.

Esa es la libertad como yo la comprendo, caminando aparejada á la civilizacion y alejándose lenta, pero continuamente, de la esclavitud del ignorante ó del bárbaro, aherrojados por todas las fuerzas ciegas y fatales de la naturaleza.

Para dominarlas, conducir las y hacerlas coadyuvar á nuestro bienestar moral ó físico, en vez de que nos sean un enemigo permanente, el hombre moderno no dispone más que de un medio, el solo que está á su arbitrio: la educacion y la instruccion de cada uno de los términos del componente social.

Es en valde que el dogmatismo filosófico de los que pintan fines

y principios especiales para el hombre-rey en el cielo de su imaginación, quiera alejar á la filosofía moderna de la observación real de la naturaleza como punto de arranque, y ya que ese hombre mismo y las sociedades que organiza, son apenas polvo finísimo en medio de la estupenda magnitud del complejo mecanismo de los mundos.

El hombre está ahí, arrojado sobre el vasto escenario de la vida, desenvolviéndose á impulsos de las múltiples influencias que lo cercan. El clima, la lucha por la existencia, la raza, la herencia, el hábito, son todas fuerzas fatales que lo trituran, determinando su conducta como individualidad aislada, ó como miembro de la agrupación social á que pertenece.

Al medio ambiente se modelan los sentimientos, como al vigor progresivo de la inteligencia se modela la caja craneal, según los últimos descubrimientos; como según la educación racional moderna, en el ejercicio y en la acción, morales ó físicos, se modelan todos los tejidos del cuerpo, para constituir al hombre de frente erguida, de pecho abierto, de corazón sano y robusto, y de planta firme, para caminar, sin desfallecimientos, á través de nuestra civilización avanzada.

Acaso es este el problema más árduo y más proficuo que ha resuelto el último tercio del siglo en que vivimos. El espíritu conservador á que se apegan los que se hacen eco de la filosofía que se va con su cortejo de atributos especiales para el hombre-monarca, pretende que se distraiga á la juventud de la observación de la naturaleza y de la combinación de sus fuerzas, para darle prioridad á las ciencias que llaman morales y sociales. Y bien! yo no veo que pueda haber nada más eminentemente moral y de aplicación más inmediata al perfeccionamiento de la sociabilidad humana, que la conclusión á que llegan los que, observando la naturaleza, consideran al hombre nada más que como una de las tantas manifestaciones de la vida que se mueve en el universo y que refleja en nuestra retina: como individuos, eduquemos armónicamente todas las facultades y multipliquemos nuestros medios de obrar por la instrucción; como sociedad, eduquemos é instruyamos á todos, hombres y mujeres, para reduplicar y centuplicar nuestras fuerzas como agrupación parcial, como nacionalidad; contribuyendo á la vez al progreso moral de la humanidad entera.

Yo no quiero saber si nosotros caemos hoy ó nos estacionamos como nación, obedeciendo á la fuerza de inercia que deja atrás á

los pueblos que no se cuidan con acierto de amontonar vigor para acompañar al convoy de la civilización; pero sé, porque me lo demuestra con toda claridad la ciencia, como á cualquiera que abra los ojos á la luz, que si robustecemos todas las facultades del pueblo con la educación; si con la instrucción le damos ancho campo de actividad y de trabajo, nuestros retrocesos serán siempre pasajeros, como es transitorio el alto del soldado que se separa de las filas para arreglarse un arreo, con la certidumbre de tener fuerzas y vigor de sobra para alcanzar á su compañía en el momento que lo quiera.

De otra manera aquí nos quedaremos rezagados, confundido nuestro nombre entre el de esas repúblicas sud-americanas que han logrado amontonar desconocimiento bastante para poner en duda las aptitudes de una raza para gobernarse.

No se me escapa que la conclusión á que llego puede ser juzgada como una trivialidad, porque la aceptan y la encomian todas las escuelas filosóficas que pretenden acompañar los movimientos del progreso de los pueblos; pero es esa una de las muchas ilusiones que oscurecen ó velan la verdad en la complicada trabazón de las actividades sociales.

Todos á porfía reconocen que la educación es un gran beneficio para el hombre y para el ciudadano; pero pocos son los que quieren poner en ejercicio los medios que deben conducir al fin deseado con viril entereza, sin ambages ni capciosidades.

Hombres y filósofos hay por centenares que querrian, sí, que todos fuesen instruidos, pero que no quieren que se gaste mucho dinero en educar al pueblo; otros cientos se contentan con limitar el sentido de la palabra educación al raquítico alcance de enseñar á leer, escribir y contar; otros no quieren educar sino muy poco á las mujeres, sin duda porque las reservan para un rol inferior, y otros, en fin, entre las millares de opiniones que se me escapan, entienden por educación el instruir y amaestrar individuos para el sosten de un dogma ó de una escuela filosófica cualquiera.

Nuestro pensamiento es más amplio, más vasto, más humanitario, más adaptado al elevado concepto de la libertad que se forma la capacidad intelectual de la civilización moderna.

La educación pública es la primera necesidad del Estado; pasa mucho ántes que los ejércitos, porque sirve para formarlos cual deben ser para ser útiles en el siglo en que vivimos, dirigidos por la inteligencia y nó por los arranques apasionados del valor instintivo.

La educacion absorbe una parte muy considerable de las rentas del Estado, porque es la que aglomera fuerzas productoras y directivas, y la que hace consciente el ejercicio de la ciudadanía.

La educacion no divide en dos especies distintas á la especie humana. La mujer es la eterna compañera del hombre; participe que no puede apartarse de todos sus pesares y alegrías, sus triunfos y sus derrotas, sus progresos y sus decaimientos. Hombre instruido y educado él, necesita á su lado, para mantener el equilibrio de la familia, á ella, su madre, su esposa, su hija, instruidas y educadas; buenas y virtuosas, como él honrado y probo, nó por triviales terrores á las ilusiones de la supersticion, sino por el temple acerado de la conciencia moral, que no necesita ayuda de los amuletos para mantener su integridad.

La educacion no forma ni positivistas, ni espiritualistas, ni católicos, ni ateos; forma simple y buenamente hombres libres, capaces de juzgar por sí mismos de la corriente filosófica que han de seguir, y de la conducta moral que han de trazarse al llegar á la madurez de su desenvolvimiento fisico cargados con las herramientas de trabajo y de bienestar que la instruccion les proporciona.

En definitiva, para nosotros la educacion es la primera de las preocupaciones del hombre de Estado, como la educacion, el bienestar y la salud de los hijos, es la más magna de las preocupaciones del administrador de la familia.

No en valde los pueblos que caminan al frente de la civilizacion, y á medida que las ciencias sociales ván abriéndose camino, cuidan con afan más prolijo sus escuelas y gastan en ellas sumas más ingentes que en ninguna otra de las parciales necesidades del Estado.

Se necesita, para ello, que la destruccion de la ignorancia y la barbárico sea la primera preocupacion de todos los ciudadanos aptos hoy para pensar por sí mismos, y será entónces llegado el día en que se levantará una buena vez de sus caidas el pueblo que habita en ese pedacito de tierra privilegiado por la naturaleza que acarician las brisas del Océano, al par que lamen sus costas las amplísimas corrientes del gran estuario del Plata.

He dicho.

L'homme du siècle

POR DON CARLOS GARET

Mesdames, Messieurs:

Un marquis de l'ancien régime interpellait jadis Victor Hugo sur l'emploi de son temps depuis ses premières poésies, empreintes, comme vous savez, d'un sentiment royaliste profond. — « Qu'avez vous fait depuis lors? » lui demandait il avec une dédaigneuse ironie. — « Ce que j'ai fait? » répondit fièrement le poète: J'ai grandi! »

En effet, messieurs, celui que Chateaubriand avait si justement appelé l'enfant sublime, n'a fait que grandir, grandir sans cesse, júsqu'à devenir le génie le plus puissant, le plus prodigieusement fécond qu'ait enfanté le siècle. Il a marqué de son seceau des chefs d'œuvres qui vivront tant que vivra cette langue Française qu'ils ont enrichie. Cet homme a eu la rare fortune de triompher de tous ses adversaires et de leur survivre, d'assister à sa propre apothéose, d'entrer vivant dans l'immortalité, plus grand que Voltaire, à qui le siècle dernier avait décerné le royaume de l'esprit. Sa vie s'achève dans une sorte de pontificat auguste, car il inspire aux générations qui s'élèvent autant d'admiration qu'il avait inspiré d'enthousiasme à celle qui le vit lutter et grandir. L'âge n'enlève rien à la virilité de son esprit. Après *Torquemada*, il annonce *toute la lyre*. Aussi, messieurs, aussi pouvons nous dire que, de même que le soleil embrase l'horizon de ses rayons de pourpre et d'or, de même le génie de Victor Hugo projette ses lucurs sur le monde, comme aux premiers jours.

Victor Hugo s'était révélé comme un novateur, comme un chef d'école. Il proclama la liberté dans l'art: il lutta pour elle et finit par vaincre: du convenu et du faux, il ramena le théâtre dans le vrai et dans le naturel, il lui donna la vérité historique des carac-

tères, des costumes et des décors. À la tragédie classique, emprisonnée dans les trois unités, sévère et drapée comme une prêtresse de l'antiquité, à la tragédie classique qui n'admettait que les sujets nobles, que le style noble, il substitua le drame vivant, le drame humain. Certes, ce ne fut ni sans protestation, ni sans éclat. Quelle bataille, messieurs, quelle bataille ; que ces premières représentations d'Hernani et du Roi s'amuse, qui datent d'un demi siècle et pour lesquelles il fallait combattre les sévérités de la censure et les résistances de la vieille école ! Nous n'avons pas assisté à la lutte, messieurs, mais nos aînés nous ont transmis l'écho affaibli de ces débats retentissants que soutenait cette génération passionnée pour toutes les libertés, pour la liberté dans l'art comme pour la liberté politique.

Déjà célèbre à l'âge où d'autres en sont encore à se frayer la voie, Victor Hugo entra à la Chambre des pairs. L'orateur ne fut pas au dessous du poète. Il mit sa fière éloquence au service de toutes les nobles causes ; il revendiqua les droits de la Pologne, cette morte éternellement vivante, comme il appelait la nation martyre. Il réclama l'abolition de la peine de mort en matière politique, l'abolition de la prison cellulaire. À l'assemblée constituante, à l'assemblée législative, après la révolution de Février, il protesta contre l'expédition de Rome qui faisait de l'armée française la sentinelle du Vatican.

Bientôt la généreuse et pure république de 48 devait tomber sous le Coup d'Etat de Décembre. Les fusillades sur les boulevards en terrifiant la population, assuraient le succès de celui qui avait osé dire, avec une sanglante ironie, « qu'il sortait de la légalité pour rentrer dans le droit ! » Victor Hugo essaya d'organiser la résistance dans les faubourgs, mais la grande capitale semblait avoir abdiqué ses traditions héroïques. . . le crime devait triompher ! À son tour, Victor Hugo prit le chemin de l'exil, comprimant dans son cœur les colères vengeresses qu'il sentait gronder dans l'âme de la patrie. Il alla planter sa tente à Guernesey. C'est là, messieurs, que pendant près de vingt ans, entre ces deux infinis, l'infini du ciel et l'infini de la mer, il poursuivit la série ininterrompue de ses chefs d'œuvres et qu'il fut la protestation vivante du droit violé, de la conscience humaine outragée ! Comme Moïse sur le Sinai, il devint l'homme éclair, il flagella de ses strophes fulgurantes celui

qui s'érigait un trône sur le parjure. Ces pages immortelles, messieurs, ne vengeaient pas seulement les victimes innocentes. . . . elles relevaient les cœurs de ceux qui se sentaient prêts à désespérer de la Providence et de l'avenir.

L'empire alla chercher une gloire stérile dans les champs de Crimée. Il ne fit que mettre les trésors et les armées de la France au service de l'Angleterre. Il aida à l'affranchissement de l'Italie, mais il s'arrêta à la moitié de son programme qui était l'Italie libre des Alpes à l'Adriatique. Et pendant qu'il maintenait à Rome une garnison Française au service du St. Siège, il envoyait une armée étrangler la république Mexicaine pour aider à un trafic infame, sous-prétexte d'une restauration monarchique dont l'épilogue devait être une victime illustre dans le fossé de Queretaro !

L'empire conviait toutes les nations de l'Univers à cette grande exposition de 1867, où, comme a dit un auteur, dans ce Paris transformé en caravansérail, se pressaient toutes les têtes couronnées d'Europe, spectacle que Mr. Thiers appelait le *festin de Balthazar* de la monarchie ! De bout sur son rocher, comme un Dieu d'Homère, Victor Hugo ne cessait d'apostropher le traître. « Va ! tu as beau t'étaler sous ton dais de pourpre constellé d'abeilles d'or, ta grandeur n'est que mensonge ! ton trône s'est élevé dans le sang et par le parjure, il s'écroulera dans le sang, par la trahison ! »

Hélas ! messieurs, le poète avait la vision de l'avenir, et après avoir écrit *les Chatiments*, Victor Hugo devait écrire *l'Année terrible !*

Messieurs, ce n'est pas sans raison qu'on a dit de Victor Hugo qu'il est l'homme du siècle, car ce siècle est plein de lui. D'un bout à l'autre, il le réchauffe de sa flamme, il le console avec sa tendresse émue, il le relève avec ses colères vengeresses, il l'inonde de son génie ! — Mais, malgré notre admiration et quoi qu'en dise cette école nouvelle qui a créé le roman expérimental, et qui nous reproche de pousser notre admiration pour Victor Hugo jusqu'au fétichisme, nous n'irons pas jusqu'à dire que les critiques de l'avenir n'auront pas à émonder dans l'œuvre touffue et immense du maître. Il y a déjà plus de cinquante ans ; Larra, l'immortel critique Espagnol faisait ses réserves sur ce grand drame d'Hernani, qui avait soulevé tant d'orages. Il aurait voulu que le drame finit au 4.^e acte, alors qu'Hernani est devenu l'heureux époux de Doña

Sol, car, disait il avec raison, c'est donner à la religion du serment des exigences surhumaines, c'est dépasser au théâtre les limites du possible dans la vie, que faire boire le poison aux deux époux, dans le premier épanchement de leur amour, parce qu'il plait à ce vieux jaloux de Ruy Gomez de sonner du cor à plusieurs reprises, pour rappeler à Hernani le pacte qu'il a signé. Franchement, messieurs, malgré notre respect pour la chose jurée quel est celui d'entre nous qui en pareille circonstance, n'aurait pas demandé un délai ou pour mieux dire, ne se serait pas empressé de le prendre?

Il y a dans les *Travailleurs de la mer* des pages entières de mots techniques sur les constructions navales anciennes, un luxe de détails, un étalage d'érudition qui fatigue à la lecture et nuit à l'intérêt de l'action. Il y a dans les *Misérables* des épisodes évidemment amenés pour permettre à l'auteur de développer telle thèse qui lui est chère, il y a dans la légende des siècles un tel abus de l'antithèse, que parfois la pensée s'en trouve amoindrie ou obscure. Mais à côté de cela, messieurs, quelle richesse dans le coloris, quel éclat dans le style, quels magnifiques coups de pinceau dans cet immense décor!

Messieurs, ce n'est pas seulement le grand poète, le grand orateur que nous aimons dans Victor Hugo, c'est l'homme lui-même, c'est sa bonté inépuisable qui des faibles et des souffrants, des enfants et des femmes s'est étendue à *tous les damnés de l'enfer social*, à tous les déshérités de la terre; cette pitié profonde qui lui a inspiré ces créations immortelles de Quasimodo et de Gringoire, de Triboulet et de Gilliat, de Valjean et de Fantine!

Depuis qu'il obtint du roi Louis Philippe la grâce d'Armand Barbès, pas un échafaud ne s'est dressé dans le monde, que Victor Hugo n'ait fait entendre un cri de pardon et bien souvent sauvé la tête du condamné. Aux souverains de la terre, il a toujours prêché la clémence, la plus belle des vertus royales, aux peuples, il a toujours prêché la fraternité. C'est lui qui s'écriait jadis sur la tombe de Lédru Rollin :

« Les rois s'acharnent à la guerre,
nous, peuples, acharnons nous à l'amour!

C'est lui enfin qui, dans un magnifique élan, après avoir crié

grâce pour toutes les victimes a demandé pardon pour les bourreaux eux mêmes dans ce sublime plaidoyer intitulé *la Pitié Suprême!*

Je dois m'arrêter, messieurs. Je n'ai que trop abusé de votre bienveillance en empiétant sur le temps réservé à d'autres orateurs. Je vous remercie de m'avoir permis d'esquisser la grande figure de notre poète dans cet Athénée, qui a le culte de toutes les gloires littéraires, dans cet Athénée, où vient s'inspirer aux leçons des maîtres, où vient se retremper, dans les jours de défaillance, aux sources pures de l'éternelle vérité; de l'éternelle justice, cette jeunesse studieuse et ardente, éprise de l'idéal, dont je m'honore d'avoir secondé jadis la propagande libérale et que je remercie profondément de l'attention qu'elle a bien voulu me prêter.

El último de los Treinta y Tres

(LEIDA EN LA CONFERENCIA LITERARIA CELEBRADA POR EL ATENEO DEL URUGUAY EL 19 DE ABRIL DE 1883)

POR DON JOSÉ G. BUSTO

Señoras y señores:

Antes de recitar la poesía conque estoy anunciado en el programa de esta conferencia, séame permitido decir algunas palabras sobre un tópico que por estar implícitamente ligado con ella, no carece de oportunidad.

Hace tiempo que se viene haciendo atmósfera sobre algunos de los temas que se desarrollan en nuestras conferencias literarias ó de las ideas conque aparecen salpicados; y mientras en voz alta se sostiene que no son estos palenques los mejores para entregar al juicio la suerte de la patria, se murmura probablemente *sotto voce* que los que no pueden arrancar aplausos por el mérito real de sus trabajos, los buscan entregándose á las furias de lo que se ha dado en llamar *patrioterismo*.

Nada significarian esas murmuraciones si solo fueran proferidas por los adoradores del becerro de oro, por los que desafian impunemente los rayos del Sinaí; pero como hasta entre los levitas que custodian el arca hay quien censura á los que aprovechan estas ocasiones para abrir una válvula á los sentimientos patrios, y como yo soy de los que se honran en aprovecharlas, voy, nó á justificarme, porque creo que no lo necesito, sino á determinar una vez por todas mi actitud.

Empiezo por observar que no concurro nunca á actos de esta naturaleza con el propósito de hacer alardes de valentía. — Los dejo para los que se hallen en mejores condiciones. — Canto á la patria en mis humildes estrofas, porque, feliz ó desgraciada, esclava ó libre, es y será siempre *mi patria*; porque el deber más sagrado del orador y del poeta lo arrastra á ensalzar sus glorias y á llorar

sus derrotas; porque me pasa en sus momentos de decadencia y de amargura lo que les pasó sin duda á los hijos del pelicano cuando pudieron comprender que habian vivido agotando las venas de su padre!

Pertenezco á la escuela de que formaba parte nuestro inolvidable compañero Prudencio Vazquez y Vega, á quien este Ateneo nunca llorará bastante; — á la escuela de los que creen que cuanto más bajo rueden el nivel moral y el sentimiento pátrio, más alta debe levantarse la bandera de la tradicion y del derecho; — á la escuela de los que creen que son pocas cuantas ocasiones se presenten para arraigar la buena semilla en el espíritu de los ciudadanos.

Yo no soy orador ni escritor público. Las grandes oportunidades no pueden presentármese. ¿Por qué, pues, se me niega la pobre satisfaccion de utilizar las pequeñas?

Y no se diga, como se ha dicho, que se falta á las consideraciones debidas á las damas, que componen el mejor ornamento de estas fiestas, al hacer resonar en sus oídos lamentos de dolor ó anatemas de indignacion. Las leyes de la galantería no están nunca reñidas con las leyes del patriotismo, y le hago á la mujer oriental la justicia de pensar que no hay para ella mejor galantería que la que aviva en su corazón la llama del amor pátrio, depósito sagrado que ha recibido en la cuna y debe transmitir intacto á su posteridad.

Señoras y señores:

He realizado el propósito que me animaba al hacer estas breves reflexiones. Paso á la recitacion de mi poesía, pidiéndoo disculpa por haberos ocupado de mi insignificante personalidad.

I

Está la noche lóbrega
Y lóbregos los campos y las playas,
Como están, cuando impera el extranjero,
Los puros horizontes de la patria.

Todo es luto y tinieblas;
Todo se queja en la extension callada,
Y los écos se cuentan entre vientos
La historia vil de la opresion tirana.

El rancho solitario
 Marca una ruina más en la hondonada
 Y entona solo el payador errante
 Canciones de dolor y de venganza.

El águila altanera
 Ya no hiende la nube — ¡está sin alas!
 Ni trina la calandria en la espesura
 Ni el céfiro la arrulla entre las ramas.

Las olas se maldicen al romperse;
 Los sauces agonizan entre lágrimas;
 Y está el cadáver, lívido y sangriento,
 Tendido en las riberas de la patria!

II

Una luz!... á lo lejos
 Se dibuja una luz entre las aguas...
 ¡Y otra luz lo contesta desde tierra...
 ¡Y otra luz repercute en lontananza!....

Rompe la noche negra
 El choque de los remos y las armas, ...
 Y hierguen sus penachos las espumas
 Al paso misterioso de una barca....

Son ellos! los proscritos,
 Los héroes de la lucha legendaria,
 Los vengadores del honor violado,
 Los TREINTA Y TRES de la legion sagrada!

Llegan á la ribera,
 Caen de rodillas en la tierra esclava,
 Juran viriles: «¡Libertad ó muerte!»....
 ¡Y el cadáver arranca su mortaja!

¡Pabellon tricolor! vuela á las cumbres

Á brillar con el sol de las batallas;
 Vuela á probar que TREINTA Y TRES valientes
 Nos dán derecho á apellidarnos patria.

III

Está la noche lóbrega
 Y lóbregas las villas y las casas,
 Como están, cuando reina el desencanto,
 Los puros horizontes de la patria.

Del grupo de gigantes
 Que formaron la homérica cruzada,
 Uno sólo quedó... santa reliquia
 De esas que un pueblo con delirio guarda.

Y el anciano guerrero,
 El trofeo inmortal de cien batallas,
 Sintió frío en su hogar desamparado
 Sintió hambre y no pudo remediarla!

Estaba muerto en vida,
 Antes de hundirse el sol de su jornada,
 Antes de ver que, fibios aún sus restos,
 La ingratitude su gloria le negaba!

Y cuando, abandonado como siempre,
 Llegó al pié de la tumba solitaria,
 ¡Ni siquiera envolvió su cuerpo frío
 La bandera sagrada de la patria!

IV

Héroe! También soy uno
 De los que no te dieron una lágrima:
 Soy de los que tu hogar atravesaron
 Sin colgar en la puerta su guirnalda (1).

(1) Al día siguiente de la muerte de Focion, condenado como Sócrates á beber la cicuta, una cabalgata de jóvenes atenenses que volvian de una fiesta pasó por delante de su casa. Al llegar allí, las lágrimas asomaron á los ojos de todos, y por un impulso de que no se dieron cuenta, colgaron sus coronas en la puerta del hombre de bien.

Yo tambien pertenezco
 Á esa generacion pobre y cuitada
 Que busca en vano sangre en sus arterias
 Para lavar del deshonor la mancha.

¡Menguada edad la nuestra
 En que el viento polar todo lo arrasa,
 En que glorias, derechos y leyendas
 Ruedan en el turbion de la desgracia!

Época de ignominia,
 Burla irrisoria de la suerte amarga,
 En que el hombre de bien se cubre el rostro
 Y alza palacios la opresion villana!

Ah! ¿Porqué no naciste en otro suelo
 Donde te hubieran levantado estatuas?
 ¿Por qué viniste á destrenzar laureles
 Donde sólo los párias forman pátria?

V

Está la noche lóbrega
 Y lóbregas las frentes y las almas,
 Como están, cuando impera el despotismo,
 Los puros horizontes de la pátria.

Ya no queda ninguno;
 Ya no hay titanes en la tierra esclava:
 ¡Y la ola popular bate la roca
 Sin poder sacudirla ni ablandarla!

Volved á la ribera,
 Atletas de la arena legendaria,
 Encended las hogueras del charrúa
 Y renovad la tricolor cruzada.

Otra vez las cadenas
 Chocan en el espacio sus plegarias,

Y otra vez el cadáver os espera,
 Tendido en las orillas de la playa.

Lázaro! Surge de la tumba fría;
 Alza tu losa, rompe tu mortaja;
 Y cuando hayas vencido á los tiranos,
 Cantarémos las glorias de la pátria.

Montevideo, 19 de Abril de 1883.

Las pantallas

LEIDA EN LA VELADA LITERARIO-MUSICAL QUE DIÓ LA «SOCIEDAD UNIVERSITARIA»
EN EL TEATRO DE SAN FELIPE, EN LA NOCHE DEL 25 DE ABRIL.

POR RICARDO SANCHEZ

Son graníticas vallas
En que talvez se estrellará mi fuerza. . . .
Pero diré, diré de las pantallas
Lo que pueda, con gracia, ó sin donaire,
Y sin que nada mi persona fuerza. . . .
Digo, no siendo un *aire*
Que doble ó paralice el entusiasmo
Y me produzca un soberano pasmo,
Impidiendo que vibro
De mi órgano vocal la ruda nota. . . .
Pero de esto me libro
El Dios de la region celeste, ignota,
Que de otros *aíres* y otros males tantos
Que abundan por desgracia aquí en mi tierra,
Me librarán, en generosa guerra,
Nó Dioses del Empíreo, sino Santos!

Mas ¿por dónde, por dónde empezaremos
Al hablar de pantallas? No he querido
Que se toquen por nada los extremos
Y me cueste mostrarme decidido.
Y para qué negarlo! Francamente!
Cuando pensó por vez primera en ello,
Aunque no tengo negro mi cabello,
Sentí que daba sombras á mi mente!
Pero ¡sublime idea
La que de pronto en mi cerebro luce!
Cuán sábio fué el que dijo, que produce

La sombra á veces luz, que viva ondea!
Cuesto ya lo que cuesto
Trabajaré para salir del paso. . . .
¿Hablaré de pantalla algo celeste,
Que verde ó blanca, fuera el mismo caso?
—Sí, que el mostrarse innovador es bueno,
Y aunque de natural filosofía
Fué siempre comenzar por lo sabido,
Yo quiero hacer mi estreno
De otro modo — sin ser pedantería —
Y empiezo por lo ménos conocido,
Remontando bien alto
Para bajar despues á esta llanura,
Aunque me esponga el salto
Á golpe que no tenga compostura!

Al Sol, inmenso foco,
Existencia del orbe,
Que la vida de astrónomos es poco
Para colmar lo que su estudio absorbe;
Á la Luna, que brilla
Con esa luz nó propia,
Que de cualquier manera es maravilla
Por la grandeza que en sí misma acopia, —
¿Qué son aquellas nubes que un momento
Hacen velar sus luces tan brillantes?
— Son pantallas flotantes
Que tienen por trayecto el firmamento!

Y cuando el Sol, tristísimo descende
Como el postrer adios de un moribundo,
Y la luz del crepúsculo se tiende
Con lánguido abandono sobre el mundo,
¿Qué será el vacilante
Fulgor, que en ese instante
Dá á la natura su mayor poesía?
— Pantalla que la noche opone al día!

Bajemos hasta el cielo de la mente!
Cuando despues de oscuridad profunda,

La luz de la instrucción, que todo inunda,
Disipa la ignorancia lentamente,
¿Qué serán esas nubes pasajeras
Flotando en él cual vaporoso velo?....
—Pantallas que ligeras
Nublan en parte el esplendor del cielo!....

¿Qué han sido, son, y habrán de ser, en suma,
La oposición violenta
Que muchas veces al talento abruma
Como si fuera al peso de una afrenta,
Y la maldad, tirando á la distancia
Sobre el que es digno de mejor proscenio?....
—Pantallas que la envidia y la ignorancia
Oponen siempre al génio!....

Ya veis! De las pantallas que hay arriba
Á las pantallas todas que hay abajo,
Amen de algunas otras que conciba
Cualquiera con un poco de trabajo,
Sin duda que sobrará el argumento
Para charlar dos horas.
Mas no quiero tener el sentimiento
De hacer dormir á niñas seductoras.
Y aunque yo reconozca agradecido
Por ser corto de vista,
Que hay *una*, de la industria útil conquista,
Nunca, nunca he podido
Ni de léjos mirar *otra* pantalla,
De la que anduve siempre más huido
Que el cobarde en los campos de batalla,—
Y daré fin, hablando sin reparo
De la que ha sido en todas las edades
La sombra á cuyo amparo
Se cometieron siempre iniquidades!

Es la pantalla humana, que dá sombra
Mas una sombra peor que el manzanillo,
Pues si este mata, aquella alienta al pillo
Para llegar á la maldad que asombra!....

El árbol envenena el organismo
Produciendo dulcísima la muerte,
Y la otra dá la sombra que pervierte,
La sombra del rastrero servilismo
Que lentamente invade la conciencia
Envenenando cuanto en ella hay noble!....
Lo prueba tristemente la experiencia;
Hay poco que á su influjo no se doble!....
Miradla con horror!.... Esa pantalla
Abunda en todo pueblo que declina,
Y cual si fuera sólida muralla,
Á su defensa, incólume domina
Y asesta sus traiciones la canalla!

Irene

POR J. ALBISTUR

I

Os hice conocer hace ya tiempo
á un bendito varon, cuya existencia
pálida y suave, sin color ni esencia,
ignorada y feliz se deslizó.
— ¡Pobre Facundo! — Cuando de él me acuerdo,
siempre un suspiro de mi pecho brota.
En el mar de este mundo fué una gota;
pero gota que el lodo no manchó.

II

Muy de paso nombró á su esposa Irene:
su nombre fué acogido con malicia.
No pudo ser juzgado con justicia
de aquel santo varon la esposa fiel.
— Al oír que bailaba algunas veces,
miéntras Facundo al nene adormecía,
el que más y el que ménos se decía:
« Ay qué picza, qué picza! ¡Pobre de él! »

III

Yo he sentido despues remordimientos
por haber provocado tales juicios.
Reconozco que yo presenté indicios
que de Irene os hicieron sospechar.
Por eso quiero remediar el daño
que hice á la fama de la pobre Irene,
dando á entender que abandonaba al nene
por el gusto no más de irse á danzar.

IV

Ó tal vez por antojos más livianos:
por un vértigo de esos que embriagan
cuando con mágia seductora halagan
las fibras del inquieto corazon.
— Pues nada de eso. — La virtuosa Irene
nunca probó la miel de ese veneno:
« fruta sabrosa del cereado ajeno »,
jamás fuó presa de ningun ladron.

V

Pero era, cuanto bella, soñadora.
Habia en su alma resplandor de luna:
reflejos de sonrisas de la cuna:
abismos cuyo fondo nadie vió.
¿ Ni qué habia de ver el buen Facundo,
que, aunque santo, era todo pura prosa?
— Él sabia que Irene era donosa:
que fuera hada, jamás lo sospechó.

VI

Nunca pude saber á punto fijo
cómo aquella hada se enlazó á Facundo;
pero todos los dias en el mundo
enlaces como aquel solemos ver.
Que tiene el mundo duras exigencias;
y la victima de ellas es el alma;
y suele haber, bajo aparente calma,
noches sin sueño, dias sin placer.

VII

¿ Irene era feliz? ¿ Cómo dudarlo?
¿ No estaba bien casada? ¿ No era buena?
¿ Por dónde entonces de la amarga pena
el dardo agudo la podia herir?

¡Si la dicha en el mundo se alcanzase
 eslabonando sábios silogismos!.....
 ¡Pero hay en nuestro sér tales abismos!
 ¡Hay tantos medios de poder sufrir!

VIII

Ello es que á veces, al morir la tarde,
 vueltos los ojos hácia el sol poniente,
 sentia Irene que una gota ardiente
 sus párpados venia á humedecer;
 y escuchaba las notas no aprendidas
 de un himno que brotaba de su pecho;
 y su tranquilo hogar lo hallaba estrecho
 para encerrar la vida de su sér.

IX

No sospechó jamás el buen Facundo
 lo que pasaba por el alma inquieta
 de aquella esposa fiel, siempre sujeta
 por el perpétuo lazo conyugal.
 El no escuchaba músicas lejanas;
 él no soñaba al espirar el dia,
 ni le ocurrió que hubiera poesía
 sin metro fijo, sin compás cabal.

X

Yo no sé si de Irene los ensueños
 tomaron forma corporal y humana:
 si encontró en su camino un alma humana;
 si alguna voz vibró en su corazón.
 Mas si en esos febriles paroxismos
 que el alma á veces delirando tiene
 alguno oyó la confesion de Irene,
 no fué un hombre — fué solo una vision.

XI

Ahora conocéis, lectores míos,
 Á la esposa gentil del buen Facundo.
 Acaso habreis hallado por el mundo
 otras Irenes, que juzgásteis mal!
 Un hermoso poema, *sin palabras*,
 dió á Irene muchas horas de ventura.
 Nacida para amar, fué casta y pura —
 soñadora, jamás fué criminal.

XII

Vosotras, las felices de la tierra;
 las que en un mismo sér habeis logrado
 de vuestro amor el ideal soñado
 y el tesoro de un grande corazón,
 sed indulgentes con la pobre Irene,
 que no alcanzó tan venturosa estrella!
 Cuando un suspiro sorprendais en ella,
 ¡cúbralo vuestra noble compasion!

Las dos fechas

1825—1883

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

¡Cómo pensar, generacion menguada,
Que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
Hallaron en los campos de pelea
Algo fecundo, provechoso y bueno,
Nosotros, sumergidos en el cieno,
No encontramos un hombre, ni una idea.

Noíez de Arce.

Un día, alzado el lábaro
De redencion y gloria,
Se propagó el estrépito
Que evoca hoy mi memoria:
Fué aquel, destello prístino
De un próximo fulgor.
Varones de férreo ímpetu
Lucharon y vencieron,
En su camino espléndido
Su pié no detuvieron
Jamás ante otro límite
Que el de su pátrio amor.

El mundo miró atónito
Aquel luchar de bravos:
Aquel esfuerzo súbito
Para trocar de esclavos
La vil tiniebla lóbrega,
Por luz de libertad.
Pisó la tabla el náufrago
Y se lanzó al oleage
Con agitado júbilo.

La arena y el boscajo
Y de la patria el hálito,
Calmaron su ansiedad.

De Sarandí el relámpago
Hijo de la tormenta,
Fué la vision fatídica
Conque al vengar su afrenta,
El que fué esclavo, indómito
A su amo apareció.
Ya los treinta y tres héroes
Ganaron la partida.
Surco de sangre cárdeno
Dejando vá la herida
Que al enemigo exánimo
Postra en Ituzaingó!

* *

Que venga ahora el inválido
De la gigante brega,
Y al desceñir su clámide,
Con voz que al alma llega,
Diga ¿del lustro atlético
La huella dónde está?
Al rostro el rubor último
Suba, y el labio calle;
No finja fuerza el ánimo,
Y el corazon estalle:
Virtud, altivez cívica...
Nada nos queda ya!...

Nos cruza el rostro el lútigo
De impúdicos histriones;
Pasion de aliento vívido
No está en nuestras pasiones,
Y en femeniles lágrimas
Sólo el ardor se vé.
Hemos tirado pródigos
La herencia de la gloria;

La hemos trocado imbéciles
 Por la más vil escoria,
 Y hoy ni remedo lánguido
 Somos de lo que fué.

No salgan de sus túmulos
 Nuestros gloriosos muertos;
 Contemplarían la pérdida
 De su obra, y ya desiertos
 Los templos que su fé íntima,
 Alzara á la virtud.
 No pidan al escéptico
 Cuenta de sus errores;
 Amor de patria férvido
 No tiene adoradores:
 Ya los sedujo el ídolo
 Del miedo y la quietud!...

Allá en su tumba lúgubre
 Lanceen el anatema;
 En el silencio tétrico
 Suspiren la suprema
 Conminacion enérgica
 De su viril desden.
 Pero en la urna quédense;
 Sus armas no hagan ruido,
 Que los arcos bélicos,
 Con su marcial sonido,
 Sea hoy de la ley, máxima
 Afrenta, y no sosten.

Nada nos queda! En lástimas
 Vivimos impotentes,
 Nos falta la fé prosaga
 De luchas esplendentes,
 Que hiciera en otras épocas
 El entusiasmo arder.
 En este inmenso piélago
 De triste desventura,
 Va sólo al alma el legamo

Que en fango la satura:
 La azul onda cristalíca
 El cieno fuó á acrecer! . . .

En el pasado, incólumo
 Amor pátrio, impelia
 Al sentimiento homérico
 Que en triunfos se mecía,
 Sin conocer obstáculos,
 Ni rotas concebir.
 Por eso fuó aquel rápido
 Luchar y dictar leyes,
 Herir con rayos ígneos
 Las frentes de los reyes,
 Y en pos la senda límpida
 Mostrar del porvenir.

Hoy corro la idea huérfana
 De proteccion y asilo,
 El hecho brutal, ávido
 De presa, va tranquilo
 Siguiendo su via cínica,
 Su marcha de chacal.
 Murió ya todo estímulo
 Del anhelar gigante;
 Resignacion sin término
 Es voz de cada instante;
 De servidumbro mísera
 No pesa ya el dogal.

Nada nos queda! Gélidos
 Están los corazones!
 Bajo su fría lápida,
 Las muertas ilusiones
 Dejan vagar errátiles
 Las sombras del dolor!
 De brío ni una ráfaga
 Llega á esta vida quieta,
 Que se desliza anémica,
 Como en estéril grieta

Planta que pierde lívida
Su aroma y su color.

Nada nos queda! Aléjase
Hoy ya hasta la esperanza;
Y vése incendio alígero
Que nuestro paso alcanza
Para asfixiar el último
Aliento varonil.
Ya en el abismo, el vértigo
Marea las cabezas,
Y el pensamiento trémulo
No encuentra en sus tristezas
Mayor arranque intrépido
Que postracion servil!...

¿Por qué callar mi cántico
Que ya nada nos queda?
¿Por qué en corriente plácida
Tomar la onda que rueda
Y arrastra en su vorágine
Cuanto hay, con furia atroz?
Fuera el silencio tímido
Tan mísero consuelo!!...
Fuera el mentir impávido
Tan vergonzoso velo!!...
Que la verdad su espíritu
Infiltra hoy en mi voz.

Abril 19 de 1883.

Fantasia

(A UNA NIÑA COMO HAY MUCHAS)

LEIDA EN LA VELADA LITERARIA DADA POR EL ATENEO DEL URUGUAY
EL 19 DE ABRIL DE 1883

POR RUPERTO PEREZ MARTINEZ

I

Confiada en esa hipócrita carita
Que te diera Luzbel para mal mio,
Pensastes con halagos engañarme,
Cual si yo fuera un inocente niño.

¿Vanidad contumaz de las mujeres! . . .
¿Aberracion de su talento fino!
¿Querer con trampas de eclada antigua
Cazar un novio en el presente siglo?

¿Ignorabas, acaso, los progresos
Del planeta feliz en que vivimos?
El cambio radical que en su existencia,
Ha operado la ley del *transformismo*?

Ley, que del hombre crédulo ó bábicea,
Presa obligada del primer garlito,
Hizo un dragon de olfato perdiguero
Que husmea desde lejo á su enemigo?

Y lo que fué la burla y el desprecio
De vuestros pasatiempos femeninos,
Cansado de su negra servidumbre
Buscó la dignidad del redimido?

No: basta ya de tanta zorrería;
 Cesaron para siempre los martirios,
 Que en aras de volubles casquivanas,
 Sufrimos, abnegados, como Cristo.

Os conocemos bien; no nos fascinan,
 Ni nos conmueven más vuestros suspiros,
 Ni el plañidero son de vuestras quejas
 Ciertas, cual las de Job, si es que os oímos.

Ni aquel trémulo espasmo del *puchero*,
 Que también manejaís cuando es preciso,
 Ni todo el aparato pirotécnico
 De ese vuestro habitual romanticismo.

Y á fin de que sepáis cuanto los hombres
 Del sexo femenino han aprendido
 Con palabras, sin micles ni ambrosia,
 Un resumen lo haré, tesoro mío.

II

—«Solo crees tú el Dios en que idolatro
 Y la sola ilusión porque suspiro;
 Sin tu existencia mi existencia fuera
 Estingo tenebrosa y sin sentido.»

—Hacer del hombre un Dios? vieja locura! . . .
 Y adorarlo despues? . . . Anacronismo! . . .
 Vamos, dejad de alimentar quimeras,
 Que no es mundo el actual, de feliqismos.

Lucea vuestras pupilas una lágrima
 Tersa como la gota de rocío?
 — Es *claruro de sodio*, se ha formado
 Al calor del despecho ó del capricho.

Hay accesos nerviosos? Hay desmayos,
 Y nevralgias de amor, y paroximos?

—Más holgado el corsé, ménos novelas
 Y . . . se cura el achaque femenino.

Por parodiar á Atala ó á Graziella
 Soñais con hiperbólicos idilios?
 —Tableau! por el galán, dico enterado
 Y entre zambra frenética, el corrillo.

—Mostrais enfado?—suponemos gozo;
 —Tibieza cruel?—arrobador cariño;
 —¿Qué os enajena la pasión de Otelo?
 —¡Bonito modo de querer, bonito!

Pero, á qué proseguir! Tantas lecciones
 El hombre en su infortunio ha recogido,
 Que fueran suficientes y aun sobrarán
 Para diez, para cien, para mil libros.

III

Hoy la lucha es igual—El hombre experto,
 Conoce los escollos del camino,
 Y no son á estraviarle los amaños,
 Ni la astuta bondad de su enemigo.

¡Sagrada evolución! bendita etapa,
 Que signas á tu luz otros destinos
 Con profundo respeto te saludo,
 En nombre de mi sexo redimido!

A Cuba

(LEIDA EN LA CONFERENCIA LITERARIO-MUSICAL CELEBRADA EN EL ATENEO
DEL URUGUAY EL 19 DE ABRIL DE 1883)

POR EDUARDO VARGAS

La odiada, maldecida tiranía,
De dominar la Europa ya cansada,
Orgullosa intentó tener un día,
La América también esclavizada.

Ya llega presurosa á sus riberas,
Con arrogante y altenero tono;
Pretendiendo, en las vírgenes laderas
Alzar el viejo, carcomido trono

En vano montes y llanuras deja,
Sembradas de cadáveres tu mano:
El trono no alzarás ¡caduca vieja!
Libro nace quien nace Americano.

Libro sí! cual se cierno en las alturas
El cóndor de los Andes altanero,
Como el potro salvaje en las llanuras,
Cual sopla en las cuchillas el pampero.

Mas ¡ay! que en este instante, hasta mi oído,
Llega el llanto de un pueblo Americano.
¡Es que gimo entre hierros oprimido,
Polaco de la América el Cubano!

Es que aquel trono, que voló en astillas
De Ayacucho en la sangrienta arena,
Hoy se alza poderoso en las Antillas
Y á Cuba impone la servil cadena.

Sin recordar quizá, que en sus praderas,
Bajo el sol de los trópicos ardientes,
Donde crecen el seibo y las palmeras;
Ansias de libertad el alma siente!

Mas qué importa que altivos los Cubanos,
Sus hierros quieran sacudir valientes;
Si en tanto los demás Americanos
Contemplan su derrota indiferentes.

No importa nó! enhiesta la bandera,
Sucumbirán en lucha ciclopea;
O el noble cadalso dó cayera
La sangre generosa de Zenea.

No importa nó! la América ha olvidado
Sus triunfos todos de gloriosa historia,
Sus héroes legendarios ya han pasado,
Y con ellos las dianas de victoria.

Hoy en tu suelo, América querida,
El huracan de las pasiones brama;
Y en estéril contienda, fratricida,
A torrentes la sangre se derrama.

Y en tanto, la Polonia americana,
Como Polonia llora esclavizada;
Esperando que llegue la mañana
De hermosa libertad ambicionada.

Y ha de llegar! pasaron ya los días,
Los triunfos de opresora Aristocracia,
Los tronos, las vetustas monarquias...
¡El mundo es de la santa Democracia!

En el hermoso suelo Americano,
Un día al fin, desde el Estrecho al polo;
El sagrado pendon republicano,
¡Al viento ha de flamear, triunfante y solo!

Palabras de clausura

PRONUNCIADAS EN LA CONFERENCIA LITERARIA CELEBRADA EN EL ATENEO DEL
URUGUAY EL 19 DE ABRIL.

POR ENRIQUE AZAROLA

Señoras y señores:

Experimento una satisfacción dulce y tranquila al caberme y tener la honra de clausurar con mi pálida y débil palabra este certámen literario; esto acto bello y simpático que tanto eleva á las celestes alturas del ideal los más puros sentimientos del corazón humano, y tanto esterna y espando las esperanzas de las almas en los plácidos cielos de la literatura y del arte.

Literatura y arte! Quién no ha sentido en los transportes de un entusiasmo divino elevarse el espíritu á las regiones de lo ignoto al calor vivificante de sus inspiraciones inmortales! Quién no ha soñado alguna vez en esas noches de estío coronadas por estrellas que semejan lágrimas desprendidas del pavimento azul, con la flotante ilusión de sus amores, ó quién no se ha contemplado herido por el dolor de sus recuerdos cuando el arte llora, como un ángel, las catástrofes humanas, ó la literatura gimo como una virgen apriisionada y esclava en el castillo de su dueño, apénas consolada en la orfandad de su infortunio por rayo fugitivo de amarillenta luna!

Literatura y arte! Duo divino nacido en el alma misma como la resultante magnífica de una armonía prolongada desde la primera mañana de la creación; arpa que hace sonar sus melodías como delicioso murmullo de fuentes encantadas; perfume que embriaga extasiando los sentidos como el ambiente del arayan; nereida que brota sonriente de las profundidades del océano de la vida; sirena que canta con voz aterciopelada y aduerme el espíritu en las fruiciones de su sér.

Y cuando el arte y la literatura se hermanan, señores, con la idea de la patria; cuando corren veloces en amparo de sus glorias

para reflejarlas magestuosas en el terso cristal de sus purezas; cuando evocan su pasado de lucha, de sacrificios y de heroísmo para presentarlo al porvenir como tesoro de esperanzas, entónces, señores, si algo tiene el arte, si algo cuenta la literatura de humano, desaparece para transformarse en un haz de luz resplandeciente que alumbra con el esplendor de sus fulgores olímpicos las propias almas decepcionadas por los desencantos de la duda.

Es natural al hombre, señores, que designe un momento del calendario de los tiempos para consagrarlo con piedad y con respeto al culto religioso de las hazañas de sus héroes.

En los hermosos días de la república romana, cuando el hálito letal del despotismo no había empañado las virtudes primitivas de la vida republicana, ni el espectro sepulcral de la cesárea tiranía había envenenado la pública conciencia, se agrupaba entusiasta la muchedumbre al rededor de los altares y las sacerdotisas que alimentaban la sagrada llama que perenne ardía en el ara, y la matrona que velaba la santidad del hogar del ciudadano ocupado de la salud de la pátria en la tribuna de un Senado henchido de incorruptible magestad, formaban una corona con la verde encina y venerado muerdago y ceñían con ella la noble frente del prócer que volvía de batirse por el engrandecimiento de la república en las llanuras sin término del Asia encantadora ó en los abrasados arenales de la desierta Libia.

En aquellos días que viven en la historia como recuerdo permanente de una época gigante, los dioses sonreían en los templos alfombrados de mirto y verbena; la elocuencia de los tribunos derramaba á raudales en el alma del pueblo los sentimientos de su inmensa gloria y poderío, como torrentes de perpetua luz, y las masas llenaban el Foro para escuchar con avidez el solemnisimo debate de sus imprescriptibles derechos, ó subían al Capitolio para agradecer á sus divinidades los dones alcanzados en las prosperidades de la pátria, y que rendidas al favor generoso conque la literatura clásica divulgaba por doquier sus nombres, se creían inmortales.

La civilización antigua no ha muerto, ha evolucionado; ved cómo su arte es como la gran escuela de nuestro arte; ved cómo su derecho es la piedra angular de nuestro derecho; contemplad cómo sus filósofos son como los progenitores de nuestros filósofos, y observad por último que hoy como ayer dedicamos un instante á las efemérides nacionales, y que hoy como ayer nos reunimos gustosos á escuchar el dulcísimo acorde de la lira y á admirar con entusiasmo el númen privilegiado del poeta.

Y es, señores, tan incontestable la unidad del alma humana en todos los períodos de la historia en cuanto se manifiesta idéntica en sus arrobamientos delicados, que nos hemos también congregado esta noche, grata para las expansiones que provoca, para conmemorar dignamente uno de los aniversarios más preclaros de nuestra gloriosa aunque temprana historia, y en parte alguna mejor que en este templo levantado por la perseverancia inquebrantable de la juventud ilustrada, columna del presente y esperanza que vislumbra el porvenir, podía consumarse esta fiesta que los helenos llamarían sagrada, donde viene á orlarse la frente augusta de la pátria con una corona de laurel; y esto es, señores, porque las sociedades tienen sus grandes días, como los cielos sus revoluciones, como el universo sus edades; y esto es, señores, porque es óbvio y es conforme á la naturaleza del espíritu que el hombre señale con caracteres indelebles en el reloj de los tiempos una hora suprema que trae espontáneo á la memoria el hermoso recuerdo de un gran triunfo ó la amarga reminiscencia de una cruelísima derrota, conseguido ó recogida en esta ingrata milicia de la vida que brinda con cien dolores por cada gozo que concedo esquivo.

Surgen ciertos hechos; se producen en la incesante y espinosa marcha de las generaciones sacudimientos tales; ruedan las revoluciones sobre nuestras frentes conmoviendo tan profundamente las tradiciones más caras y desarraigando ineluctablemente nuestras ideas más amadas y se precipitan los acontecimientos con celeridad tan vertiginosa modificando ó destruyendo cuanto á su paso encuentran á la manera de encendida lava, que los actores y espectadores en esta vasta escena de inmenso teatro que denominamos el mundo, señalan con la imborrable tinta de la historia en sus páginas de acero el recuerdo de los sucesos que vienen á acelerar ó retardar la marcha de la humanidad peregrina en la deseñocida ruta de su destino y de su fin, siempre estudiado y apenas comprendido, como la naturaleza íntima de esas impenetrables nebulosas que se perciben lejanas en la planetaria bóveda, y cuya existencia con dificultad indica el reflejo apagado de poderosos refractores.

Roma, que unificó con su espada de coloso la heterogénea unidad de las antiguas sociedades, asimilando á sus leyes los pueblos contemporáneos de su poder y reuniendo en el recinto del Panteón las divinidades de todas las razas unidas á su carro de triunfos como un esclavo á su cadena; Grecia, que purificó con los resplandores de su génio el panteísmo absorbente de las religiones orien-

tales en el amoroso seno de la sublime filosofía platónica que devolvió al hombre la independencia de su espíritu y el conocimiento profundo de sus facultades pensadoras; Grecia egregia artista, que arrebató al Olimpo la inspiración sacra de sus dioses para legarla magnánima en las obras inmortales de sus oradores, de sus escultores y de sus bardos, y sepultada en una eterna noche sin aurora, donó bondadosamente á sus verdugos todo el áureo brillo de sus fecundas ideas y todo el almo fuego de su inteligencia creadora en el rutilante verbo de su civilización esplendorosa; Italia, matrona hermosísima acariciada por las auras de sus costas de mármol; trezo de cielo poblado de artistas y poetas que han ungido la frente de la humanidad con el óleo divino de su génio; que reclina su cabeza en los niveos hielos de los Alpes y descansa su talle de palmera en las playas esmaltadas de Sicilia; perla codiciada por todas las ambiciones soñadoras, bella pretendida por todos las almas que unen sus destinos á los destinos del ideal; Alemania, suelo ingénito de la ciencia que ilumina y de la música que desgarrá; Iberia, tierra predilecta de la historia y del valor; Francia reivindicadora del derecho hollado; América, faro luminoso del futuro, han guardado y guardan con religioso respeto sus fechas y sus aniversarios memorables, y cultivan el recuerdo de sus glorias en el alma entusiasta de sus hijos.

Sí; no tendría para comprobar acabadamente mis asertos más que considerar por un momento el noble objeto que nos reúne en este instante; nosotros también celebramos entusiastas un gran día y consagramos una ofrenda en los altares de la patria, doblando reverentes la rodilla ante la gran generación de esforzados patricios que conquistaron para sus nietos, más que para ellos, el derecho sacratísimo de vivir libres en esta tierra que tanto amamos, en la que descansan las cenizas de nuestros héroes, en la que se mecen las generaciones del porvenir.

No debo fatigar por un momento más vuestra atención inmerecida, pero antes de terminar, señores, estas palabras, de clausura que no he podido excusarme de pronunciar, usurpando quizá un puesto en la velada literaria á la elocuencia patriótica de algún talento digno de la fecha que se canta por los bardos que han escalado esta tribuna por tantos títulos querida, permitidme, señores, que me vuelva como en espíritu á la memoria de otros días aún no lejanos, en que la juventud entusiasta citaba á los amantes de lo bello en la más lata acepción de su sentido á conmemorar la

gran efeméride que celebramos esta noche, ó á gustar por un momento las impresiones más elevadas que le es dado sentir al alma humana, cuando abandonando por instantes las tremendas realidades de la ingrata vida, se transfigura en los arreboles del ideal como si quisiera acercarse audaz á la region de lo vedado, para erguirse soberana en las expansiones de un deleite.

Este mismo espacio que nos presta su naturaleza desconocida para agitarnos y movernos, ha recogido otros ecos que la muerte ha apagado para siempre; estas estrofas llenas de númen poético que han vertido como perlas los travadores de la velada, han sido tambien escuchadas por oídos que el helado cierzo de la tumba ha atrofiado impío con temerario encono; estas notas arrancadas á las eternas armonías del arte por la mano privilegiada de sus intérpretes dignísimos, han herido las fibras delicadas de espíritus generosos que duermen envueltos en las tinieblas del sepulcro; estas emociones que así encantan como abaten, que así elevan como hunden, y que se chocan en batalla en los abismos insondables de nuestro sér, han hecho latir corazones tornados ya en polvo en el silencio de la fosa, ántes henchidos de dolores ó de esperanzas, y hoy precipitados en el seno de lo desconocido y de lo incierto cual se lanza y precipita sobre sus aguas un río.

.....

La Comision agradece en nombre del Ateneo y en su propio nombre el valiosísimo concurso desinteresadamente prestado para la realizacion de este certámen literario por sociedad tan distinguida, y espera confiada que este débil voto de gratitud que por mis lábios pronuncia, será recibido con cariño y con sinceridad apreciado por auditorio tan brillante.

He dicho.

SUETOS

Después de haber rendido brillantemente las pruebas de suficiencia que exige el Reglamento Universitario, nuestros amigos D. Juan A. Escudero y D. Ambrosio Ballesteros, acaban de recibir en colacion privada el grado de doctor en jurisprudencia.

Como lo dijo el Dr. D. Constancio Vigil, al hacer uso de la palabra en el seno del Consejo Universitario, en su carácter de padrino del Dr. Escudero, éste es ante todo un buen ciudadano en toda la extension de la palabra. — En los menguados tiempos en que vivimos, no puede hacerse un elogio mayor de las prendas personales con que un espíritu joven, nutrido en el estudio, entra á ocupar un puesto en nuestro foro.

Las causas justas tendrán siempre un ardiente defensor en el Dr. Escudero, cuya inteligencia, estamos seguros, no será jamás voz de sofista llamada á oscurecer ó negar la verdad, sino acento austero de sinceridad y de franqueza, dispuesto siempre á proclamarla en todos los terrenos.

Al Dr. Ballesteros hemos podido, por circunstancias especiales, que no han mediado respecto del Dr. Escudero, seguirle de cerca en su vida de estudiante, discutiendo con él día á día toda clase de cuestiones jurídicas y apreciando, así, en todo lo que valen, su espíritu profundamente pensador y su criterio lógico y exacto, que le permiten dominar con notable acierto los más áridos problemas de las ciencias sociales. — Mas de una vez, Ballesteros, simple estudiante, nos ha ayudado en nuestras tareas profesionales, haciendo la luz, con sus ideas claras y precisas, en cuestiones que se presentaban oscuras.

¿Debemos felicitar á los Dres. Escudero y Ballesteros por haber llegado al término de su carrera?

No nos atrevemos á decirlo! — La vida del abogado es muy ingrata para el hombre de corazón que sufre ante el espectáculo de la injusticia victoriosa y que, identificándose con el derecho ageno confiado á su defensa; haciendo suya la causa de la verdad, siente estallar la indignacion en el fondo de su alma cuando la verdad se vé escarnecida por las sugerencias del vil interés ó por los ciegos impulsos de la pasión.

El médico tiene momentos de infinita angustia cuando, al pié del lecho del moribundo, vé que es impotente su ciencia para luchar contra la muerte; — pero al fin, el médico no tiene contra sí sino á las leyes de la naturaleza, y esas leyes son ciegas y fatales: no obedecen á mudables pasiones, ni interrumpen su acción uniforme y segura al impulso del humano capricho.

El abogado está en caso diverso.—No lucha con leyes inmutables, sino con fuerzas libres, y como tales capaces del mal ó del bien, según la pasión que las guía ó el interés que las mueva.—Pondrá todo su saber en defensa de una causa justa;—vibrará en sus labios la elocuencia, haciendo resplandecer la verdad, de modo que nadie pueda desconocerla, y sin embargo, nunca estará seguro de su triunfo.—Bastará un error de la ignorancia, un impulso de la pasión que fuerza el juicio de la justicia, para que no anulogren sus nobles esfuerzos.

No le basta al abogado tener razón y saber demostrarla.—Necesita también que quieran dársela, y esta necesidad es la que hace ingrata la profesión y la llena de sinsabores para el hombre que, á despecho del grosero positivismo que todo lo somete á un frío cálculo de ganancias y pérdidas, conserva ideales en su alma, crea en la ley del deber y condena á los que violan sus santas prescripciones.

Hemos leído con placer las tesis escritas por los Dres. Escudero y Ballestero.—La del primero es un estudio sobre la naturaleza y funciones del Poder Judicial.—La del segundo es una monografía sobre la confesión judicial.

El Dr. Escudero trata con acierto las cuestiones que envuelven el tema de su trabajo, proclamando las ideas más adelantadas y liberales.—En cuanto á la cuestión, tantas veces debatida entre nosotros, de si con arreglo á la Constitución de la República pueden los tribunales dejar de aplicar las leyes inconstitucionales que dicta la Asamblea, la resuelve en sentido negativo.—Creemos que al resolverla así, se ha colocado el Dr. Escudero en el terreno de la verdad, reconociendo resuelta y francamente un grave error de nuestra ley fundamental y señalándolo como objeto de necesaria reforma, en vez de ocultarlo con razonamientos que pugnarían con la letra clara y terminante de la misma ley.—Como teorizador el Dr. Escudero establece lo que *debe ser*.—Como intérprete del precepto del derecho positivo, reconoce lo *que es*.

Arduo es el tema elegido por el Dr. Ballestero.—Pocas materias jurídicas han dado lugar á tantas divergencias entre los autores y á tantas vacilaciones en la jurisprudencia, como la de la confesión judicial.—El capítulo de la tesis del Dr. Ballestero, relativo á la *indivisibilidad*, es notable.—El Dr. Ballestero ha sometido á exámen el cúmulo de ideas oscuras y contradictorias que resulta del estudio de las obras que tratan el punto, y del fondo de esa confusión ha sabido desentrañar las verdaderas reglas.—Su refutación de la doctrina de Marcadé sobre «los hechos independientes que no tienen entre sí relación íntima y natural» se lee, no con la simple curiosidad con que se ojea el trabajo de un principiante, sino con el interés con que se escucha la enseñanza original de un jurista consulto.